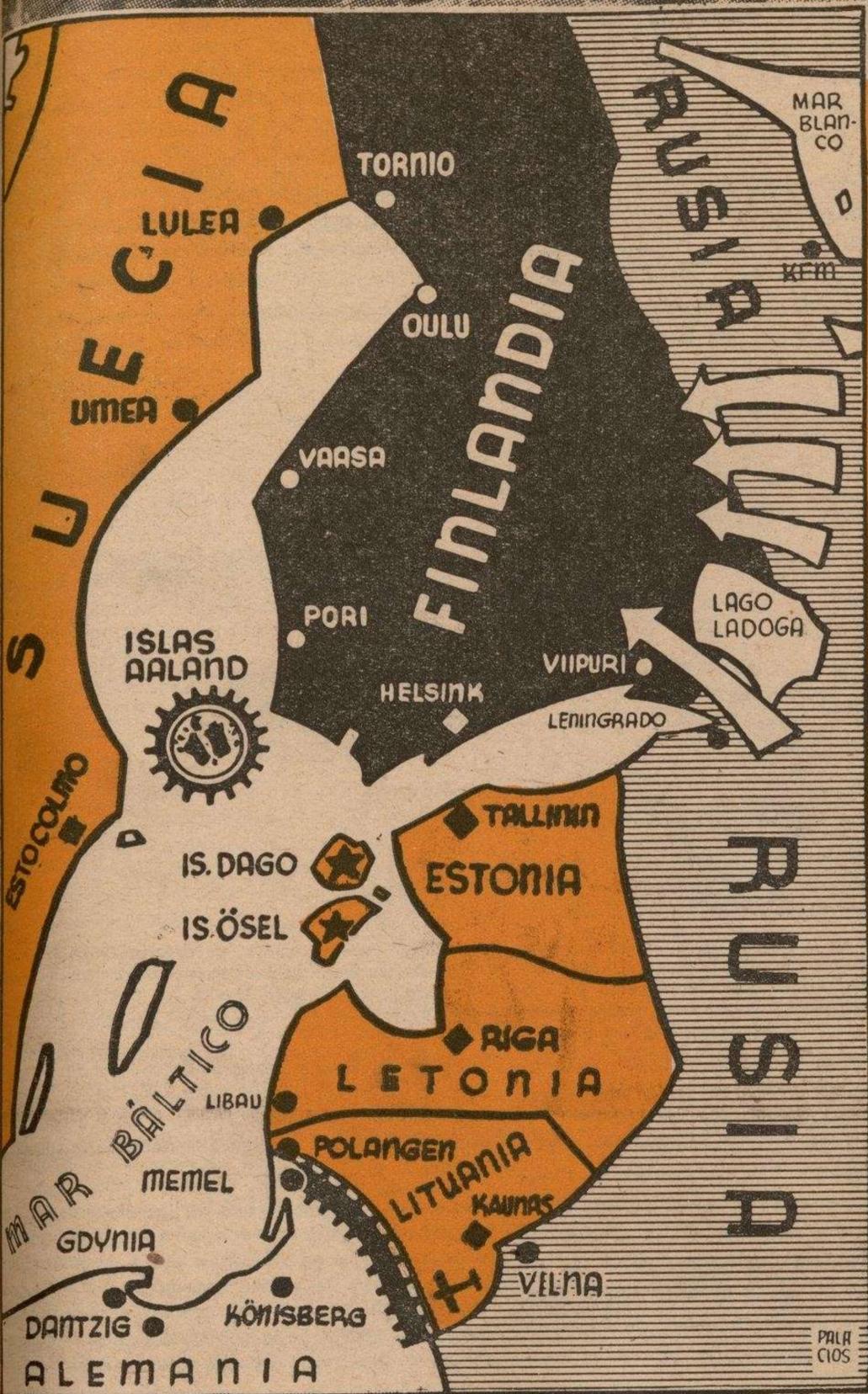


DIARIO DE LA MARINA

LA HABANA, DOMINGO, 29 DE OCTUBRE DE 1939.

Decano de la Prensa de Cuba

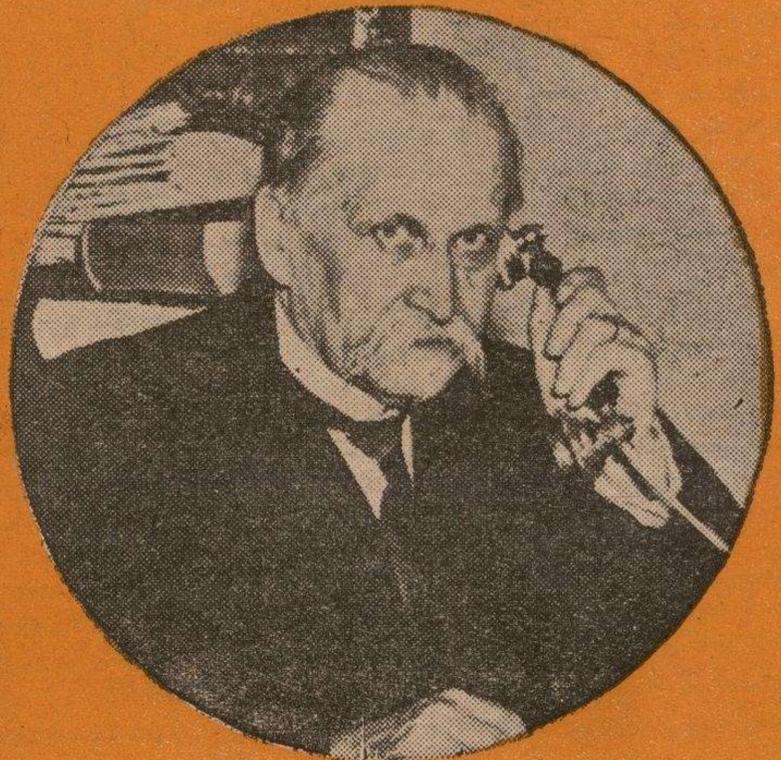
Sección dominical
Literatura-Amenidades
Reportajes-Colaboraciones
exclusivas de Europa y América



Helsinki, capital de Finlandia. (Arriba): La región del Báltico: mapa en que se destacan los países que debían formar la «cerca de alambre de púas» para evitar la expansión del comunismo.

RUSIA CONTRA LOS ESCANDINAVOS

El Presidente de Finlandia, Kyosti Kallio.



LOS PAISES ESCANDINAVOS TEMEN LA ACTITUD AGRESIVA DE RUSIA

SUECIA Y FINLANDIA VUELVEN A SENTIR LOS TRADICIONALES TEMORES QUE INSPIRA EL IMPERIALISMO MOSCOVITA.— DINAMARCA SE VE OBLIGADA A OBSERVAR LA NEUTRALIDAD MAS ESTRICTA

Por NEGLEY FARSON

(El autor de este artículo lo es también de dos libros sobre política internacional («Inside Europe» e «Inside Asia»—Europa y Asia por dentro) que han tenido un éxito sin precedentes en todos los países de habla inglesa).

COPENHAGEN, octubre. — Después de que el Canciller Hitler ha formulado sus propuestas de paz, los países escandinavos, después de estudiarlas cuidadosamente, se preguntan con ansiedad qué papel desempeñará la Rusia Soviética.

Rusia ha hecho abandono de la política de no apoderarse de territorios extranjeros y ha vuelto a reanudar la imperialista del tiempo de los zares. Dirigirá ahora sus pasos a Besarabia? Alentará a Hungría a que procure reconquistar la Transilvania perdida? En ese caso, ¿querrá Bulgaria apoderarse de la región de Dobrudja? ¿Cuál será el destino del bloque balcánico que Rusia había estado procurando formar y amoldar a su influencia?

La dramática reaparición de Rusia en calidad de potencia de primer orden en el Báltico ha colocado a Estonia, Letonia y Lituania ante la perspectiva de convertirse en estados vasallos. Han vuelto a renacer también los arraigados temores de suecos y finlandeses (con sobrada razón en el caso de estos últimos) de que Rusia intente una expansión territorial hacia el oeste. Ha vuelto asimismo a revivir la aprensión de los noruegos ante la posibilidad de que Rusia quiera convertir en realidad su antigua ambición de poseer un puerto libre de hielo en el Atlántico, en la extremidad septentrional de Noruega. Finalmente, Alemania se ve frente a la posibilidad de que el mar Báltico cese de ser un «lago alemán».

PRECAUCIONES SUECAS

Mucho antes de comenzar esta guerra los suecos construyeron ferrocarriles laterales y paralelos a la costa, a sesenta kilómetros de ella, para proteger al país contra la invasión rusa. La fortaleza más poderosa de Suecia es la de Boden, cu-

dos muros de piedra, de seis metros de espesor, constituyen un obstáculo natural formidable para toda invasión a través de Finlandia.

Las manifestaciones populares más intensas ocurridas durante la revolución de Kerensky tuvieron lugar el día en que los marinos finlandeses arrancaron las águilas rusas de la plaza principal de Helsingfors. La escena más emocionante que presencié el que suscribe durante la revolución rusa



Una vista aérea en la que se destaca una parte de las islas de Aaland, que al parecer motivan la inquietud de los rojos soviéticos. Hace un año, en la Liga de las Naciones se planteó el problema de fortificar estas islas—por parte de Suecia y Finlandia—a lo que se opuso Rusia. La presión actual parece estar fundamentada en la creencia soviética de que puedan ser fortificadas por otra potencia, cortándole o imposibilitando su salida al Báltico.

fué la que ofreció el pueblo finlandés, en un impresionante arranque de patriotismo, cuando se creyó libre para siempre del yugo moscovita.

Los antiguos temores han vuelto ahora a renacer. Finlandia y los otros estados del Báltico se ven de nuevo frente a dos potencias avasalladoras: la Rusia Soviética y el Tercer Reich. La situación actual difiere de la de hace veinte años. En aquel entonces los cuatro países escandinavos eran indudablemente germanófilos. Ahora, en cam-

bio, debido a los temores que produce la expansión del Reich, la simpatía de esas naciones se halla mezclada con cierta inquietud.

Suecia, por lo tanto, no obstante sus tradicionales vínculos con Alemania, es ahora la nación escandinava que más resueltamente se opone a la campaña submarina sin restricciones. Recientemente un avión sueco hizo fuego sobre un barco alemán que pretendía detener a un neutral en las aguas de Suecia. Los finlandeses han manifestado en repetidas ocasiones que desearán toda oferta de «protección amistosa» que les haga adquirir cualquier potencia europea, a pesar de la amenaza que entraña la actitud rusa.

RUSOFOBIA SUECA

A tal grado llegan, empero, el temor y el odio que experimentan Suecia y Finlandia contra la dominación rusa que, si llegara el caso de tener que elegir entre dos catástrofes, aceptarían inmediatamente formar parte de la órbita alemana antes que entregarse a los soviets.

Noruega, debido a su situación geográfica y a la cadena de montañas que la protege, no se siente tan amenazada como su vecina Suecia, aunque no deje de tener hondas inquietudes ante la ambición rusa de poseer un puerto en la parte septentrional de la costa noruega.

Dinamarca, que en la práctica no es más que una península alemana, no tiene ninguna puerta de escape. Desde 1870 la política externa danesa se ha basado en la más completa neutralidad, aspirando a que ella sea garantizada por las grandes potencias para poderse convertir en una especie de Suiza del norte. Cualquier tentativa que hiciera alguna gran potencia de socorrer a Dinamarca con las armas no daría otro resultado que el de transformar las quinientas pacíficas islas que

Integran el reino en sangriento campo de batalla Dinamarca no tiene otro camino que el de la neutralidad completa e inalterable, y no hará absolutamente nada que le pueda atraer la antipatía o la enemistad de Alemania.

Mientras tanto, el tenor de los comentarios de la prensa escandinava deja entrever que muchos altos personajes se preguntan allí si la política de Stalin no será la misma que quería seguir Lenin con respecto a Alemania: a'entarla para que se lance a la guerra de la que surgiría el «jaque perpetuo» militar, el cansancio y la revolución.

¿Dónde sucumbe la razón

por el Dr. Julio Cantala

La propaganda de la GUERRA y contra la GUERRA

Si las bombas de gases, ni los submarinos, ni los proyectiles con bacterias, ni el Rayo de la Muerte asustan a los sociólogos, como esa nueva peste que amenaza a los humanos y que se llama Propaganda. Porque al decir de la Psicología Experimental, la propaganda es «un asalto en contra de la inteligencia»; «una lucha en donde sucumbe la razón y domina la emoción»; «una táctica de barnizar y extender las mentiras sociales y mentiras...»

La propaganda contra la propaganda
En los Estados Unidos, nido del anuncio y solar del «fiche» nace en estos días un río de «propaganda», para acabar con la «propaganda» de la guerra. Marjorie Van de Water, publica en la «Science News Letters» (octubre 8) un artículo psicológico de la nueva «peste» que invade todo el Continente Americano. Resaltan en el artículo los puntos siguientes que quizá pasen desapercibidos para el profano en psicología: La propaganda levanta las emociones e inhibe la inteligencia. Crea «slogans» (frases «estereotipadas» que la gente repite automáticamente sin pensar su contenido, como «Deutschland ueber alles», «Salvemos la democracia», «La libertad de mares», «El peligro rojo». Esta propaganda, hasta nosotros a veces disfrazando su origen y barnizada con el título de «ligas» y «socios». Emplea la sugestión, se distribuye de forma indirecta, porque según los ensayos, cuando aplicada directamente no produce resultados satisfactorios. En medio de estos fenómenos resalta uno de indiscutible valor y es que anuncia la guerra a guisa de cruzada en pos de la paz y de la justicia».

El rumor, arma ultramoderna
En el «Instituto para el Análisis de la Propaganda» establecido en Nueva York, se hacen estudios que revelan hasta donde puede llegar esta arma con sus acciones nefastas. Se han analizado los alumnos de 350 escuelas y numerosos grupos de adultos de agrupaciones comerciales y profesionales. Las reacciones psicológicas registradas conducen a conclusiones pintorescas. Por ejemplo, si los Estados Unidos se ven envueltos en la guerra actual, sus masas (soldados) no resistirán ante la música marcial de otros tiempos (marchas militares) que fueron adornadas con tambores y cornetas. Los «boys» en uniforme, serán impulsados por el «swing» de la música moderna y los simpáticos pasodobles de ayer, serán reemplazados por melodías patéticas descuadradas por el clarinete que llora el «jazz»...

Son interesantes también los elementos que se emplean actualmente para extender entre las masas un nuevo «veneno» social: La prensa, los folletos, el cine, la radio y como cauce más positivo el «rumor» y el «cuento» titulado entre los expertos «mouth-to-mouth». Los resultados no pueden ser más desastrosos. Forman una especie de histeria de masa que individualmente se traduce en «psicosis» manifestadas en «fobias» (horrores, odios) y en «ismos» (adoración) que llegan hasta las puertas de la locura.

Envenenan nuestra mente
Los hombres que manejan estos fenómenos psicológicos, aseguran que producen más efecto el ataque o la muerte de una persona que la destrucción de un pueblo o de otra agrupación. Las gentes responden con gran intensidad ante los atropellos a mujeres, niños, centros religiosos, obras de arte, y sin embargo, se quedan tan frías cuando se anuncia la desaparición de un regimiento, de un buque o un Hospital. Quizá el análisis más detallado de estos fenómenos sociales lo ha realizado Will Irving, el cual publica sus conclusiones en la revista «Li-



Goebbels, Giraudeau y Macmillan son los encargados oficiales de la propaganda de guerra en Alemania, Francia y Gran Bretaña respectivamente. Hasta ahora parece que Goebbels ha superado a sus colegas. El facsimil de sobre y carta es de las famosas circulares ideadas por Stephen King-Hall quien meses antes de la guerra inundó a Alemania con misivas advirtiendo a los alemanes que Hitler los estaba llevando a la guerra y la ruina. Los dibujos del niño con las manos cortadas y la mujer amordazada por un soldado alemán de aspecto bestial fueron populares y típicos de la propaganda aliada en la pasada guerra mundial.

berly» (octubre 14) que se edita en Nueva York. «Como las Naciones Extranjeras Envenenan Nuestra Mente», se titula el artículo y en este trabajo vemos que el autor ha tomado como fuentes informativas una biblioteca especial que tiene la universidad de Stanford y que titula «War Library». Fué formada por la documentación recogida por Hoover durante el conflicto europeo iniciado en el año 1914. Está integrada por toda la clase de documentos, desde la ruptura de las hostilidades y naturalmente el factor propaganda cuenta con valiosísimas pruebas de su acción durante la guerra.

En 1914

Irving dice que fué Alemania la que en el 1914 inició esta nueva arma entre los alemanes en Estados Unidos, entre sus descendientes, entre los irlandeses (por su antagonismo con Inglaterra), entre los socialistas y entre ciertos elementos católicos. El Dr. Bernardo Dernburg fué enviado por Berlín para organizar este movimiento de

forma científica. Entonces se inició una acción en medio de las sociedades que se titulan «pacifistas», con los judíos, por su odio a Rusia (en aquellos días el terrible Protopopoff promovía los más terribles «progrms»), entre el Ku-Klux-Klan por sus resentimientos hacia el catolicismo de Francia e Inglaterra y con las asociaciones obreras por sus problemas con el capitalismo y los fabricantes de armamentos. Pero Inglaterra al dominar los mares, cortó el cable trasatlántico para los alemanes y el Dr. Dernburg se vió por algún tiempo sin fuentes de información. Entonces el gobierno germánico construyó en Nauen—no lejos de Berlín— una estación inalámbrica de potencia extraordinaria para aquellos días.

Al cabo de corto tiempo los Aliados se enteraron de estas andanzas «psicológicas» de sus enemigos e iniciaron en seguida una contraofensiva por medio del cable, la fotografía, la prensa y los libros. Aparecieron por todo el mundo, aquellas famosas descripciones téticas del avance



VUELVEN LOS CUATRO JINETES

DEL APOCALIPSIS

por Renato Villaverde

Foto tomada el 19 de junio de 1919 en el Salón de los Espejos, cuando se firmó en el célebre Palacio el Tratado de Versalles.

HACE veinte años se firmó el Tratado de Versalles. Los dirigentes de las potencias que habían luchado contra los Imperios Centrales, creyeron ver en aquel célebre documento los firmes cimientos de una paz larguísima en Europa. Si hace cuatro lustros se les hubiera dicho a aquellos estadistas que veinte años más tarde una nueva guerra iba a encenderse en el viejo continente, hubiesen mirado como se mira a un loco al osado capaz de pronunciar tan absurdo vaticinio. Y, sin embargo, desde hace tres o cuatro años todos veíamos venir la guerra.

Del famoso Tratado, materialmente, no queda otra cosa que una serie de fotografías, empolvadas en los archivos, como las que ilustran esta página. Y las palabras de Hermann Muller y de Beil, pronunciadas cuando todavía no se había secado la tinta del documento firmado en la Galería de los Espejos del Palacio que Luis XIV hizo fabricar en Versalles, suenan ahora como un eco irónico lleno de tragedia: «Nosotros lo hemos firmado,

Mientras la guerra comienza a extenderse por

alemán sobre Lieja, en las que se destacaban niños con los brazos amputados y mujeres atropelladas. La propaganda de esta forma tomó caracteres espantosos en ambos bandos durante el curso de las hostilidades.

«Propaganda for War»

Una colección muy interesante de las fotografías usadas en aquellos días y para tales propósitos, fué publicada por «Look» en su número del 10 de octubre. Fotografías que para los hombres de la generación de aquella guerra son conocidas por la gran circulación que tuvieron en tiempos oportunos.

Las emociones mal manejadas son una rama de auto-destrucción que ocupa la atención de todos los gobiernos del mundo... ¡Keep calm!... ¡Keep cool!... se anuncia por doquiera en los Estados Unidos, mientras el Senado discute la célebre ley del embargo de armamentos. ¿Pero cómo mantenerse con calma y serenidad...? nos preguntan a los médicos; y naturalmente los galenos no siempre podemos responder con acierto terapéutico. «Si quieren ustedes tener calma —hemos dicho a nuestros enfermos— lean dos libros sobre la propaganda y la guerra que recién acaban de publicarse en Nueva York; se titulan «Propaganda for War» por H. Peterson y «Road to War» por Waiter Millis...»

Al leer tales obras se llega a una conclusión pesimista y es que los hombres que llevaron a los Estados Unidos a la Guerra en el 1917 también fueron víctimas de la propaganda emocional.

Hasta el Presidente Wilson

Peterson afirma, que Inglaterra lanzó sobre

Europa en proporciones que nadie podría predecir, que cada cual conteste, según su leal saber y entender, lo siguiente:

Aparte de las reclamaciones coloniales que Alemania necesita para su vida de nutrición, que no han sido causa inmediata en la provocación de la actual guerra, ¿son suficientes los problemas continentales de la Alemania mermada territorialmente por el Tratado de Versalles, para provocar las hostilidades?

Antes de responder fijémonos en los siguientes guarismos:

La Alemania de 1914 tenía 540.000 kilómetros cuadrados y una población de 65 millones de habitantes. Después del Tratado de Versalles su te-

América una acción propagandista que formó una opinión para sumarse al conflicto europeo. El presidente Wilson —al decir de estos libros— fué el más afectado por la publicidad inglesa. Su motivo para llevar a los Estados Unidos dentro del conflicto, fué «un problema de honor» (reacción patriótico-emocional según los psicólogos) basado en la libertad que debiera de tener todo ciudadano americano para viajar en buques ingleses y el derecho a ser respetados por los submarinos alemanes. Cuando los germanos torpedearon el «Lusitania», la opinión general en el Senado, se inclinaba por la tesis alemana que sostenía que los ciudadanos americanos no debieran de viajar en buques dedicados al transporte de armas. Sin embargo, Wilson «no podía comprender que la libertad de los súbditos de la Unión fuera limitada hasta esos extremos», entonces entrevistó a los «leaders» políticos de las Cámaras y les argumentó con razones un tanto emocionales: «No debemos de permitir que la libertad de los americanos se restrinja hasta tal punto... y los jefes parlamentarios estuvieron de acuerdo con el presidente...»

Tenemos la impresión de que los dos libros citados exageran un poco en sus tendencias «anti-guerreras». Al ser exactas las afirmaciones de los autores, resulta que toda la política internacional de Washington, fué una obra de chiquillos inocentes o más bien muñecos de la Gran Bretaña. Pero en contra de esta «propaganda» que trata de anular la «propaganda» bélica están los hechos indiscutibles que hoy nos enseña la investigación psicológica.

ritorio quedó reducido a 460.000 kilómetros cuadrados y su población a 59 millones. Había perdido, pues, 80.000 kilómetros cuadrados y seis millones de habitantes, algunos de los cuales habían muerto en los campos de batalla de la guerra provocada por el Kaiser Guillermo.

Cuando el nacional-socialismo triunfa en las elecciones, asume este partido el Gobierno. Después Hitler se convierte en Dictador absoluto, a poco de la muerte del Mariscal Hindenburg, por obra y gracia del plebiscito de 19 de agosto de 1934, comienza la cruzada contra el Tratado de Versalles que, en algunos de sus puntos, hay que reconocer que era demasiado duro para el pueblo alemán.

Por el plebiscito del Sarre, favorable a Alemania, Hitler logra aumentar su territorio a 468.780 kilómetros cuadrados y a 67 millones el número de sus habitantes.

Enarbolando el sugestivo banderín de «la libre determinación de los pueblos», Hitler sorprende

Juventud belicosa

Creemos que la guerra atrae a la juventud americana y que en virtud de esta tendencia, tarde o temprano los Estados Unidos estarán enredados en el conflicto. Tiene el Dr. Ralph Gundlach de la universidad de Washington unas investigaciones que afirman nuestro sentir. Sus estudios se han realizado dentro de dos grupos convencionales formados: Uno por las tituladas «sociedades pro paz» e integradas por personas pacíficas cuya acción según el Dr. Gundlach no pasa de repartir comida y pavos durante los días de Navidad, más en unas cuantas reuniones esporádicas en donde de manera satánica se condena a la guerra. El otro grupo, le constituyen las innumerables sociedades patrióticas en cuyos programas está la instrucción militar para la juventud, la adquisición de armamentos, la expansión naval, en pocas palabras un programa militarista que tiene que orientarse de forma espontánea en favor de la guerra... Los pacifistas (numerosos) son en su mayoría gentes de cierta edad que se inclinan hacia una vida tranquila y por los problemas religiosos. Las otras sociedades, está compuestas por elemento joven, muchachos llenos de empuje, salud y sueños de conquista, consecuencias lógicas de los organismos tiernos desprovistos de la arterio-esclerosis... En una palabra, es un fenómeno biológico que responde a la evolución humana...

Por estas razones la propaganda, (elemento primordial en la guerra de hoy) produce efectos satisfactorios, porque cae la semilla en un terreno abonado para el cultivo de la pelea...

el mundo con la anexión de Austria, el Pacto de Munich que le suma el territorio del Sudetén y, finalmente, la asimilación al III Reich, en forma de Protectorados, de los territorios de Bohemia y Moravia.

Estas tres fantásticas conquistas sin derramamiento de sangre, significaron para Alemania una cifra de 552.650 kilómetros cuadrados de territorio y 74 millones de habitantes por la primera; después de la anexión del Sudetén, seguida seis meses más tarde por la asimilación de Bohemia y Moravia, Alemania llegó a contar 669.450 kilómetros cuadrados y 86.950.000 habitantes. Posteriormente estas cifras se aumentaron después de la anexión de Memel a 671.878 kilómetros cuadrados y a 87.097.600 habitantes.

Es decir, que la política afortunada de Hitler, sin ingresar en el sendero bélico, significó para la Alemania continental, una recuperación completa, contados en kilómetros cuadrados, de los territorios perdidos por el Tratado de Versalles, y lo que es más fantástico aun, ha llegado a agrandar a Alemania, en relación con 1914, en 131.878 kilómetros cuadrados de territorio y aumentado sus habitantes en 22.097.600. Resultado semejante ha-



Un aspecto de la evacuación inglesa de la zona renana en 1930.

so y arreglo de todas las cuestiones concernientes a Rusia, que asegurará la mejor y más libre cooperación de las otras naciones, con objeto de que Rusia pueda determinar, sin obstáculo de ningún género, la independencia de su propio desarrollo político y de su política nacional, y también para proporcionarle una acogida sincera en la Sociedad de las Naciones libres, bajo instituciones de

parada, a fin de que la paz pueda asegurarse una vez más en interés de todos.

«Noveno: El nuevo trazado de las fronteras de Italia debe efectuarse con arreglo a las bases, perfectamente definidas, de las nacionalidades.

«Décimo: A los pueblos de Austria-Hungría, cuyo puesto deseamos ver salvaguardado y asegurado entre las naciones, deberá proporcionárseles

DATOS CURIOSOS DE LA ALEMANIA DE 1914-1918 Y DE LA ALEMANIA ACTUAL. — UNA PREGUNTA INQUIETANTE QUE TODOS DEBEMOS RESPONDERNOS. — LOS CATORCE PUNTOS DE WILSON, GRISES AHORA PERO DE BRILLANTE PASADO. — FRENTE AL DUDOSO PANORAMA DE EUROPA.

bría sido muy halagador para el Kaiser, si éste hubiera ganado la Gran Guerra.

En realidad, después de leer estas cifras se explica uno muy poco por qué hay guerra en Europa.

No vamos a continuar ahondando en el problema, porque nuestra norma siempre ha sido robar por la periferia los problemas de política internacional. Pero en este caso de tan triste actualidad, sin ulteriores comentarios, reproducimos las cifras que dejamos expuestas

ooo

Volviendo los ojos al pasado, ¡cómo se ven grises ahora los famosos catorce puntos de Wilson! Hace veintidós años fueron la panacea de la paz. Sirvieron de base al Armisticio que se firmó el 19 de noviembre de 1918 en el Polígono de Compiègne y que cristalizaron después, en forma firme, en el Tratado de Versalles. Veinte años han bastado para que todas estas garantías de paz quedaran sobre el tablero europeo como un castillo de naipes. Mientras todos esperamos ansiosamente que otros «puntos» cimienten el andamiaje de una nueva paz, reproduzcamos aquellos del Presidente de los Estados Unidos

«Primero: Convenios de paz públicos, abiertamente concluidos, y según los cuales no habrá acuerdos internacionales privados, de ninguna clase; la diplomacia obrará siempre francamente y a la vista de todos.

«Segundo: Libertad absoluta de navegación en todos los mares, fuera de aguas territoriales, tanto en tiempo de paz como en tiempo de guerra, excepto en aquellos mares que puedan cerrarse, en totalidad o parcialmente por una acción internacional que intente poner en ejecución acuerdos internacionales.

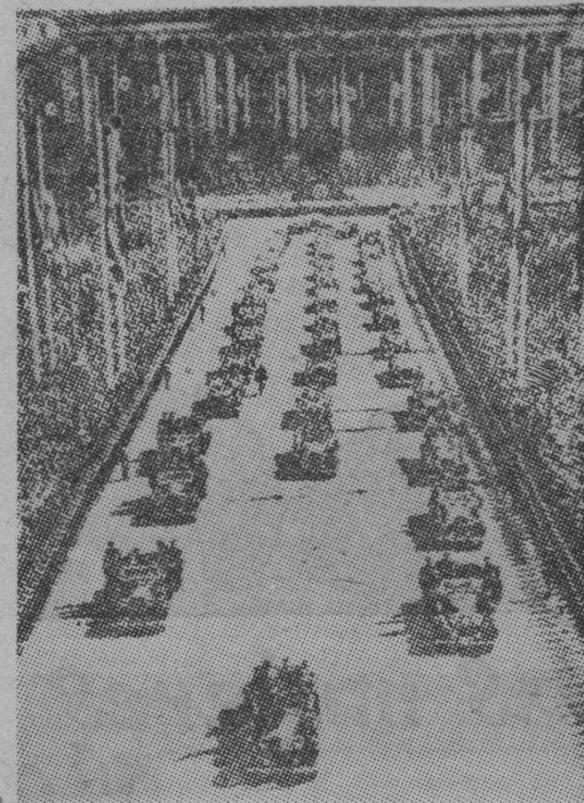
«Tercero: Supresión, en lo posible, de todas las barreras económicas, y establecimiento de condiciones comerciales idénticas entre todas las naciones que amen la paz y que se asocien para mantenerla.

«Cuarto: Garantías convenientes, dadas recíprocamente, de que los armamentos nacionales serán reducidos hasta el último extremo compatible con la seguridad del país.

«Quinto: Un libre arreglo, amplio y absolutamente imparcial, de todas las reivindicaciones coloniales, basado en la observancia estricta del principio de que, al fijar todas las cuestiones de soberanía, las conveniencias de las poblaciones interesadas habrán de tener un peso igual al de las demandas equitativas de gobierno, cuya base debe ser determinada.

«Sexto: Evacuación de todos los territorios ru-

su propia elección, y más aun que una acogida, para proporcionarle toda la ayuda que necesite y que desee. El trato que han de dar a Rusia las naciones hermanas durante los meses venideros será la piedra de toque de su buena voluntad c



Hitler haciendo su entrada triunfal en Viena el año pasado.

de la comprensión de sus necesidades, abstracción hecha de sus propios intereses y de su inteligente y desinteresada simpatía.

«Séptimo: Bélgica. Todo el mundo estará de acuerdo en que debe ser evacuada y restaurada, sin ninguna tentativa de limitar la soberanía de que goza con respecto a las otras naciones libres. Ningún otro acto servirá tanto como éste para restaurar la confianza entre las naciones, dentro de las leyes que han establecido y fijado ellas mismas para regir las relaciones entre sí. Sin este acto saludable, la estructura y la validez de todas las leyes internacionales decaerían para siempre.

«Octavo: Todo el territorio francés deberá recobrar su libertad, así como también las regiones invadidas; la injusticia inferida a Francia por Prusia, en 1871, sobre la cuestión de Alsacia y Lorena, injusticia que ha amenazado la paz del mundo durante cerca de cincuenta años, debe ser re-

amplia ocasión para que adquieran un desarrollo autónomo.

«Undécimo: Rumanía, Servia y Montenegro deberán ser evacuadas, siendo restituidos, asimismo los territorios ocupados actualmente; a Servia se le deberá conceder un libre y seguro acceso al mar, y las relaciones entre los diversos Estados balcánicos deberán concertarse en un sentido amistoso, al amparo de las potencias y según las bases de nacionalidades y de soberanías establecidas históricamente. A los Estados habrá que darles garantías de independencia política y económica y de integridad de sus territorios.

«Duodécimo: Las partes turcas del imperio otomano actual obtendrán una soberanía absoluta, pero, en cambio, las otras nacionalidades que se hallan en este momento bajo la dominación turca deberán obtener, a su vez, una seguridad absoluta de existencia y una ocasión exenta de obstáculos, para desarrollarse de un modo autónomo, y los dardanelos deberán estar abiertos de una manera permanente, constituyendo un paso libre para los buques y para el comercio de todas las naciones, con arreglo a las garantías internacionales.

«Décimo-tercero: Deberá crearse un Estado polaco independiente, que comprenda los territorios habitados por poblaciones indiscutiblemente polacas. Dicho Estado deberá tener un libre y seguro acceso al mar, y su independencia política y económica, del mismo modo que su integridad territorial, deberán estar garantizados por un acuerdo internacional.

«Décimo-cuarto: Previos convenios especiales deberá constituirse una asociación general de naciones, con objeto de proporcionar mutuas garantías de independencia política y de integridad territorial a los grandes y a los pequeños Estados».

Estos fueron los famosos catorce puntos de Wilson que sirvieron de base a la paz de 1918. Muy poco duraron sus beneficiosos efectos. En Europa suena el cañón. Las nacionalidades que surgieron algunas han desaparecido ya y otras tiemblan por su porvenir incierto. La Liga de las Naciones, agazapada a las orillas del lago Lemán, como el avestruz del cuento, esconde bajo el ala su cabeza temerosa. Se trata aun de atajar los efectos futuros de la convulsión inicial. Mientras Polonia se nazifica y se sovieta por partes proporcionales, desde las líneas Maginot y Sigfrido, franceses y alemanes hacen una guerra que no convence a nadie plenamente. En tanto, la bíblica paloma de la paz con el ramito de olivo en el pico, se busca ansiosamente en todos los horizontes. ¿Será Roosevelt ahora, como antes su colega Wilson, quien logre devolver la paz al mundo? Esperemos y veamos...

BOHEMIA SIN «MIMI»

CIRCULA por los magazines europeos una pretendida historia amorosa de Hitler. El reichführer ha sido dulcemente captado por una «mujer fatal», artista de cine, que se llama Leni Reifenstahl. Amenos reporteros refieren picantes y apasionados episodios del supuesto idilio.

Toda fábula. Hitler continúa siendo invulnerable al amor. Por su vida han pasado, con distinta repercusión, varias mujeres, pero ninguna le ha enamorado aún. En sus malos tiempos, cuando era pintor de brocha gorda; cuando vendía en las calles de Viena postales iluminadas por él; cuando se nutría de arenques y de libros de Filosofía, no tuvo una «gretchen» que embelleciera su bohemia forzada.

En las trincheras y en el cuartel fué un soldado sin ganas de maritornes.

CARA DE PALO

En 1920, Hitler se descifra para siempre el uniforme de cabo de Infantería. El capitán Rohem acaba de descubrir en él un tribuno y una simiente de caudillo, y lo sienta a diario a su mesa, poblada por numerosos y alegres comensales. Hay damas también. Rohem las ahuyenta brutalmente de su lado.

—La mejor de todas vosotras, para colgarla—les grita.

Peró no se opone a que sus conmlitones charlen y bailen con ellas. Hitler, en inacabables diálogos con coroneles y generales—los que pueden hacer

pura devoción política—tiene que rechazar diversos intentos de soborno.

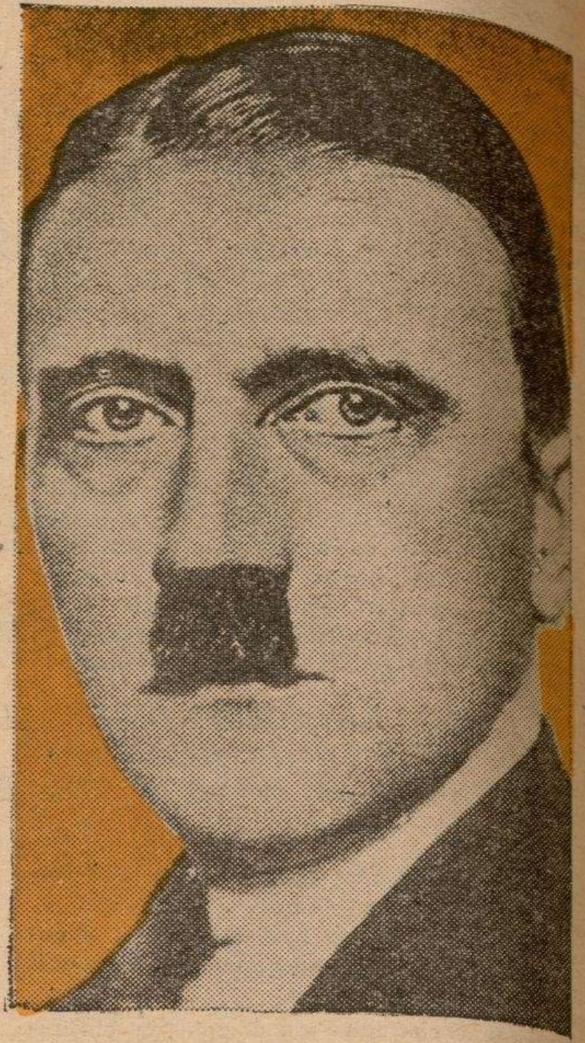
—Yo no llevo cartitas al jefe. Yo soy un soldado y no quiero meterle en líos de faldas.

Christian Weber haría gustoso de «Ciutti», si fuese necesario, con todas sus trazas de «Falstaff»; pero le consta que no lo es. Hitler devora libros y libros en su cuartito abóhardillado; se pega, de cuando en cuando, en las cervecerías con los comunistas o con los racistas, que le disputan la clientela; revista en las afueras de Munich al embrión de las futuras Secciones de Asalto; asiste a recepciones en casas empingorotadas, aunque todavía no tiene frac. No le queda tiempo para el amor ni para el amorío. No le conviene tampoco. El panzudo Weber lo presiente, con un criterio de manager de boxeador o de mozo de estoques de un torero céebre...

MECENAS CON FALDAS

El crecimiento del partido nacionalsocialista obliga a Hitler a frecuentar la buena sociedad. Hacen falta fondos para la propaganda y para el sostenimiento de las fuerzas de choque, y ¿dónde encontrarlo si no entre los burgueses y capitalistas simpatizantes? Sus correligionarios más íntimos, Antón Drexler, un cerrajero cincuentón, que cedió sin rencor la jefatura del partido a Hitler; Godofredo Feder, un rígido profesor de Economía, que ha dotado de programa financiero al movimiento

Hitler, según uno de sus más viejos retratos.



Las mujeres en la vida de Hitler

viabiles sus proyectos políticos—, no se fija en las muchachas—bailarinas, actrices incipientes, burguesitas emancipadas—que mariposean en tono suyo. Ellas no se atreven a acercarse.

Tan serio, tan aparatoso, tan flaco, tan mal vestido, a unas les da un poco de miedo, y a otras, un poco de risa. Alguna que se interesa por la política les asegura que Hitler «será lo que quiera», y las demás no lo creen ni a tiros.

—¡Ese! ¡Con esa cara de palo! ¡Vamos, chica!...

EL CANCERBERO DEL AMOR

Pasa el tiempo. Hitler engorda, habla en las sa'as de las cervecerías, tiene su clan de partidarios, y las muniquesas le miran con cierta admiración; comienza a recibir cartas de amor, a las que no contesta jamás, y en las reuniones nacionalsocialistas hay siempre, colocadas en primer término, unas cuantas damiselas que le aplauden frenéticamente. Su chofer—que sólo lo es honorariamente, le lleva gratis en su taxi y le da dinero si hace falta, por

nazi, y el propio Christian Weber, arrugan el ceño cuando dejan al führer vestido de etiqueta en el umbral de una mansión aristocrática, donde se celebra un sarao. ¿No se lo arrebtará una sirena con traje de noche?

Peró pueden estar seguros de que Hitler resiste a todas las sugerencias femeninas. El partido, sobre todo...

La gente murmura; se le atribuye una docena de «flechazos», se habla de bodas inminentes y de enredos múltiples. Hitler no se entera siquiera de tales invenciones.

Se le supone, por ejemplo, en culpable coloquio con una conocida dama de Berlín: la señora Elena Berchstein, esposa de un acaudalado fabricante de pianos. Cada vez que el führer va de Munich a Berlín—la abominable Babilonia prusiana, según expresión de los nazis—Elena Berchstein lo acapara. Come y cena en su casa; van juntos al teatro a la ópera especialmente, porque Hitler adora la música; Elena Berchstein le espera y le acompaña a la estación algunas veces—las menos—con su

marido, y, al partir para la Meca nacionalsocialista, Hitler lleva siempre un cheque, y, en todo caso—los tiempos son duros hasta para los fabricantes de pianos—, una fuerte cantidad de dinero.

¿Existen, efectivamente, vínculos amorosos entre la señora Berchstein e Hitler? Nada más calumnioso. La fabricante de pianos, que puede ser madre de Hitler, siente por éste un afecto maternal, y su marido, creyente en las dotes proselitistas del ex cabo de Infantería, alienta, tal vez interesadamente, esa protección.

EL SACRIFICIO POR EL PARTIDO

Otra «liason» se le achaca a Hitler; ésta con Gertrudis Von Seidlitz, viuda más que otoñal, que dirige por sí misma los vastos negocios que heredó de su esposo, y que radican, además de en Alemania, en los países bálticos. La viudez y las maneras resueltas de la señora Von Seidlitz hacen más verosímil la maledicencia. Pero la invención tiene menos fundamento que la anterior. Hitler y la viuda «bussineswoman» no tienen la menor relación sentimental. Apenas hablan ni de política;

...negocios tratados de comercio, empresas forestales, rebusca de materias primas.

El conde Dietrich-Eckard, mentor de Hitler en el laberinto del capitalismo germano, es quien ha presentado a éste esas y otras amistades. Es, por tanto, su confidente más veraz, y cuando las preguntas recelosas del cerrajero Drexler y del profesor Feder, se ríe a carcajadas.

—No sean ustedes tontos. El führer no piensa ahora en idilios, no tiene carácter para ser un «Pequito» entre ellas». Cumple con su deber y se sacrifica por el partido.

AHORA SI SE CASA

Pero un día, Antón Drexler—que es una especie del doctor Recio de Tirteafuera del führer, en cuanto al amor—se alarma extraordinariamente. Esta vez es cierto. El amor secuestra a Hitler y se lo roba a la política.

No puede repetirse el truco—porque Drexler cree que es truco—de que Hitler ve en Isabel Von Ehring a una Mecenaz del nacionalsocialismo, porque Isabel es hija de un abogado con pocos pleitos, y que, de añadidura, aborrece las ideas nacionalsocialistas. No hay tampoco la excusa de que a Isabel Von Ehring la separan de Hitler la edad o el matrimonio porque es soltera. Y bellísima, además. Un rostro porque es madona bajo una cabeza de Walkyria. Un temperamento tan persuasivo—o tan dominador—que ha conseguido que su padre invite al jefe nazí no sólo a su salón, sino también a sus comidas íntimas. Isabel Von Ehring posee un maravilloso talento musical, e Hitler se pasa las noches enteras volviéndose las hojas de las partituras y respondiendo, embelesado, a sus sonrisas sugestivas.

Algunas tardes, Isabel y Adolfo pasean juntos —y solos—, como dos tórtolos. Drexler, escamadisimo, se lo hace notar a sus amigos.

—Este hombre se nos va a casar, ¡y con la hija de un enemigo nuestro! ¡Adiós partido entonces! Se le hace ver a Drexler que una boda no es obligadamente una tragedia, y que muchos caudillos fueron perfectos casados, y, en ocasiones, hasta maridos excesivamente benévolos. Pero él no se consueña.

—No, no—protesta. —Los políticos burgueses estarán mejor casados que solteros. Pero el führer nacionalista se suicidaría si se casara con una burguesa.

EL IDILIO ROTO

¿Se hubieran realizado los temores del tiránico cerrajero? ¿Estaba realmente Hitler «tocado» en el corazón por la damita muniquesa? Es éste un enigma que en su día revelará la historia chica. Entonces no pudo averiguarse, porque dos hechos simultáneos produjeron el rompimiento entre Isabel Von Ehring e Hitler. El primero, una información sensacional de un semanario socialdemócrata de Baviera.

«Hitler, el terrible campeón del antisemitismo, ha caído en las redes amorosas de una bellísima señorita de ascendencia israelita», decía el semanario, con letras de a medio metro a lo largo de su primera plana.

El otro suceso fué la presencia de Isabel Von Ehring en los lugares más concurridos de Munich llevando, como apasionado cortejo, a un profesor de la Universidad. A los veinte días se casaron. El yerno de Von Ehring era tan opuesto como éste al nacionalsocialismo.

Poco antes, el «Volkischer Beobachter», órgano del partido nazi, publicó un enérgico suelto, desmintiendo que Hitler se hubiera comprometido en matrimonio a la señorita Von Ehring, «en cuyo honor—se añadía—debe decirse que no le cabe la desgracia de ser de origen judío».

Desenlazado—¡quién sabe a costa de que íntimo dolor por parte del führer!—este inexplicable episodio, Hitler reanudó con renovados ímpetus su campaña antisemita. Sentado en el estrado presidencial de aquellos mítines, el cerrajero Drexler subrayaba los párrafos del jefe con jubilosos puñetazos sobre la mesa.

—¡Así se habla!

Absorbido por los menesteres de la propaganda Hitler retornó a su vida celibataria y áspera; viajes continuos, conspiraciones fallidas...



DE ARCADIA A BABILONIA

Las vacaciones las pasaba en los Alpes bávaros, entre labriegos y aves de corral, con Christian Weber como escudero, y su esposa como ama de llaves. ¿Nostalgias de mujeres amadas y perdidas? ¿Luchas entre el deber del partido y la inclinación a la vida muellemente burguesa: un hogar agradable, una cónyuge prolfica, el porvenir asegurado con el producto de su libro de memorias y los ingresos del periódico del partido? Probablemente. En los momentos—tan frecuentes entonces—de desfallecimiento, Hitler, actualmente «reichführer», no ambicionaba otro panorama que ése, tan domésticamente apacible. Pero los correligionarios velaban para que no flaqueara, y las circunstancias lo arrastraban a la contienda implacable. El partido—aquellos doce precursores de la cervecería Brugerbrau con el absorbente Drexler a la cabeza—era ya una masa imponente, el Poder estaba al alcance de la mano. El ex cabo de Infantería viajaba siempre en aeroplano, se alojaba en el Hotel Kaiserhoff, cuando iba a Berlín; se lo disputaban en los salones aristocráticos, podía escoger compañera entre las bellezas más codiciadas del Imperio...

COLOQUIOS WAGNERIANOS

Por esta época—año de 1923, después de la gran victoria del nacionalsocialismo en las elecciones al Reichstag—aparece en la vida de Hitler otra figura de mujer: una nieta del genio musical de Alemania, de Ricardo Wagner, cuya gloria se ha anexionado el partido nazi, y cuyas sinfonías admira, absorto en su butaca, el führer. También—singular papel el suyo—es el conde Dietrich-Eckardt quien pone en relación a Hitler y a Winifreda Wagner. Se celebra una semana de homenaje al cantor del «Dios Wotan» en Bayreuth. Diez horas de concierto cada día. En los intervalos, los wagnerianos no tienen pensamientos más que para

revenir a la obra inteligente de su ídolo. ¿A quién ha de comunicar Hitler esta admiración fervorosa mejor que a la nieta de Wagner? Coloquios inacabables, paseos a la luz de la luna, sin testigos inoportunos. Se reanudan las hipótesis; los periódicos, con buena o mala intención, asocian las vidas del futuro conductor del tercer Reich y de la descendiente del genio que previó su advenimiento...

El contacto entre Hitler y Winifreda Wagner continúa después de la semana de Bayreuth. Pero ya no hay en el séquito del führer correligionarios intransigentes que teman por su soltería. El cerrajero Drexler ha desaparecido de la escena, arrumbado por los nuevos satélites de Hitler—condes, generales con mando, reyes del hierro y del carbón—, y Feder, el severo economista, se pasa los días de claro en claro estudiando el modo de convertir rápidamente en leyes sus teorías, ya que nadie va a disputarle el puesto de ministro el día, cada vez más inminente, que Hitler domine en Alemania... Ese día llega inevitadamente. Hitler sale de su cuarto del Hotel Kaiserhoff para tomar posesión de la Cancillería del Imperio.

LA MANO DE UNA PRINCESA

¡Ahora sí que lo casarán sin remedio! Hay un príncipe hitleriano incondicional, que le ofrece porfiadamente la mano de su primogénita. Diez y ocho años, porte de reina, rostro de ángel, una fortuna digna de Creso... Con ese matrimonio la dinastía de Hitler puede reemplazar en el trono de Prusia—y en el de todos los Estados del Reich—a la de los Hohenzollern.

Pero Hitler declina, agradecido, la oferta. Nada de complicaciones, por ahora al menos. Se instala en la Cancillería, pero en las habitaciones que ocuparon las cancillerías anteriores, sino en las destinadas al secretario general. Y aun de ellas, cede dos al matrimonio Weber. Christian sigue

siendo su chofer, pero ejerce también funciones de miembro de su guardia de corps, formada por las Secciones de protección, seleccionadas entre los hombres más forzudos y más adictos al jefe.

La mujer de Weber guisa la comida de los invitados del canciller; ella cuida su ropa, le hace el nudo de la corbata, cuando tiene que vestirse de etiqueta para recibir, de doce a dos, a los representantes diplomáticos. Gorda, cuarentona, plebeya hasta la raíz del pelo, la mujer de Weber no ve en Hitler más que a «su señorito»; ella no entiende de política.

En su vida oficial—recepciones diplomáticas, comidas de gala, reuniones de notabilidades del partido—el canciller entabla relación, siempre somera, con numerosas mujeres. Pero ninguna deja en él la más leve huella sentimental.

UNA «ESTRELLA» MALOGRADA

¿Y esa historia de Leni Reifenstahl? La presunta vampiresa del Tercer Reich es una aventurera de talento, con una historia que merece la pena de ser contada, pero, respecto a Hitler, no es más que un funcionario del partido. Ni más ni menos que Goebbels y que Goering.

Empecemos porque Leni Reifenstahl no es bella, ni tiene ese «sex appeal» que le atribuyen sus recientes biógrafos. Alta, sí, y bien proporcionada casi eúrítica; pero bizquea deplorablemente; tiene un cutis de lija y una voz cavernosa. Por ser así, no quiso admitirla como aspirante a «estrella» el director de escena de una importante casa cinematográfica de Berlín. Leni se enfadó mucho se desgarró los vestidos e invitó al director a que la contemplara:

—A ver: ¿qué tiene usted que decir de este desnudo?

—Nada, señorita—articuló, intimidado, el director—, nada; me parece perfecto, pero éste no es el Paraíso terrenal, sino un estudio cinematográfico, y yo siento mucho que no tenga usted ningún porvenir en él.

Leni Reifenstahl echaba venablos.

Tuvo el director que firmarle un contrato, que luego no cumplió, para que se apaciguara. A pesar de ello, Leni consiguió ser artista de cine, luego de exhibirse durante una temporada como danzarina. Pero tampoco en este aspecto placía al público.

BELA, COMUNISTA SENTIMENTAL

Probó en las películas deportivas, con mejor éxito, y creyó haber encontrado su vía; pero los espectadores se cansaron, y Leni, resuelta a ser la primera en una u otra actividad cinemática, se dedicó a técnica de la pantalla. Precisamente estaban en boga los films de temas rusos, y Leni acababa de conocer a un escritor de argumentos comunistas, que estaba fuertemente subvencionado por el Gobierno soviético.

Excelente persona, Bela Balaz. Húngaro, naturalmente. Su comunismo era algo pegadizo. Al implantar la República soviética, Bela Kun hizo una leva de escritores sin periódico, y de artistas sin taller, y los embarcó, de grado o por fuerza, en la aventura. A Balaz le asignaron un alto puesto en la Comisaría de Hacienda. Juró que no sabía lo que era una letra de cambio, pero no le valió.

—Ya te daremos los técnicos; lo que te haga falta. Tú serás su director de orquesta—le dijeron.

Apiadados de él le destinaron a las órdenes de Tibor Saumel, algo así como generalísimo de la Checa húngara. Una Checa ambulante y rapidísima, puesto que tenía su sede en un expreso. Cada parada, unas docenas de fusilamientos; Bela Balaz, tierno como una sensitiva, pasaba torturas indecibles, aunque su misión se reducía a llevar una estadística de los ejecutados por Tibor Saumel.

Menos mal que, antes de que el almirante Horthy entrara en Budapest, Bela Balaz pudo ponerse en franquía y llegar a Moscú, donde le recibieron entusiásticamente y acertaron con su verdadera vocación, colocándole cerca de Eisenstein y otros grandes directores del cinema soviético. Cuando lo consideraron capacitado para dirigir por su cuenta, lo mandaron a Alemania, consignado al camarada Tshelmann.

1.—2.300 años antes de Cristo, un emperador chino, observando el vuelo de las aves a través de pedazos de amatista y topacio, descubrió que un cristal convexo ampliaba los objetos y siendo de color disminuía los reflejos del sol. La historia admite que por cientos de años los chinos usaron un mineral claro, llamado «piedra de té» porque tenía el color del té poco cargado, para evitar los reflejos solares.

2.—De acuerdo con las últimas estadísticas, el número de sobrevivientes de esa edad alcanza a 22.720 individuos.

3.—Tuvo su origen como una medicina en Filadelfia donde el doctor Philip Physick, en 1807, recetó el agua carbonatada a sus pacientes. Para hacer su gusto más aceptable al paladar, añadió a la receta varios jugos de fruta. La combinación resultó tan agradable, que poco después de jaba de ser una medicina para convertirse en un refresco.

Cartilla Histórica de la Salud

Por FISHER BROWN y NAT FALK

MEDICA

—Y qué posibilidades tengo de vivir, doctor.
—Ciento por ciento, hombre. La estadística dice que de cada diez personas que contraen la enfermedad que usted tiene nueve mueren. Yo ya he tratado a nueve y los nueve murieron. La estadística es estadística. Usted tiene que mejorarse.

VAMOS A MOSCU

Sobre la naturaleza hipersensible de Bela Balaz la huracanada acometividad de Leni Reifenstahl produjo un efecto devastador. Le daba todos los papeles que se le antojaban y hasta modificaba sus «escenarios» para que Leni satisficiera sus ambiciones de mujer fatal malograda. Incluso llegó a amarla el pobre Bela, que necesita una dominadora, y no se le quejó cuando supo que le era infiel con el capitalista de sus películas. Si él no podía pagarle las joyas que deseaba, ¿por qué acusarla de que se las hiciera comprar a un multimillonario?

—¿Te gustaría ir a Moscú?—le preguntó un día.
—Allí haríamos entre los dos una película mejor que «La línea general».
Leni estrujó alegremente al pobre Bela.
—Encantada.

GOEBBELS CIERRA LA PUERTA

Lo pensó mejor Leni y, enterada de que los nacionalsocialistas disponían de cuantos fondos necesitaran para contrarrestar la propaganda cinematográfica de los comunistas, se presentó a Goebbels con un cartapacio, colmado de argumentos y planes.

Goebbe's la rechazó con sequedad. Los nazis son refractarios a la intervención de las mujeres en política. «Ante el fogón y con la aguja en la mano, están en su sitio», afirman.

PERO HITLER LA ABRE

No se dió por vencida Leni. Una antigua compañera suya de andanzas cinematográficas, Margarita Slezak, era—¡fortuna excepcional!—amiga de Hitler. Había entrado en el afecto del führer por el portillo habitual: la melomanía. Margarita Slezak, hija de un magnífico tenor austriaco, tocaba el piano maravillosamente, y tenía una voz preciosa. Hitler la oía, ensimismado, y no sabía exactamente el color de los cabellos de Margarita. Se decía otra cosa, pero sin razón valedera.

De este modo, saltando por encima de Goebbels se ganó Leni la confianza de Hitler. Le pasmó de admiración el escenario de una película que la Reifenstahl había escrito sobre la vida Horst Wes-

CONYUGAL

Madre.—Ven, hijita, ven a besar a tu nueva niña.
Georgina.—No, mamá, tengo miedo.
Madre.—Miedo ¿por qué?
Georgina.—Porque ayer vi que mi papá le besaba y ella le dió una bofetada.

sel, un mozo donjuanesco, que andaba a tiros con sus enemigos políticos los comunistas y con sus rivales amorosos. El nacionalsocialismo ha hecho de Wessel un héroe y convertido en himno nacional una de sus poesías, porque el tenorio tañía la lira también. Con sólo el «placet» de Rodolfo Hess, lugarteniente de Hitler, la Reifenstahl fue promovida al cargo de directora cinematográfica del partido. Cuando Goebbels se enteró, calló el recibimiento que había hecho a Leni. Ya se entenderían...

JEFE DEL CINE ALEMAN

Proclamado el Tercer Imperio, Leni conservó su puesto. Tenía derecho de veto sobre cuantas películas intentaban proyectarse en Alemania, y lo ejercía con iracundia. Tenía la exclusiva para filmar todas las grandes paradas de las secciones de Asalto, todos los actos oficiales, todos los congresos del partido. Vestida habitualmente con una «camisa parda», un pantalón caqui y polainas, entraba en todas partes, como un alud, seguida de una legión de «cameramenos».

CELOS ENTRE FUNCIONARIOS

Pero Goebbels se la guardaba. Nombrado ministro de Propaganda, recabó para sí el control de la cinematografía alemana, y así pudo censurar sin miedo la película sobre Horst Wessel, aunque ya la había aprobado el canciller y se proyectaba con éxito en varios salones de Berlín.

Leni se quejó a Hitler.

—Es que Goebbels tiene celos de mí.

Hitler, que siente una simpatía extraordinaria por el dinamismo y la energía de la Reifenstahl, trató de calmarla.

—Yo veré la cinta y buscaré una fórmula entre los dos puntos de vista.

Insistió Leni en sus agravios contra Goebbels, pero el führer pudo convencerla. A Goebbels le llamó a capítulo y le aconsejó transigencia.

—Esta Reifenstahl nos hace un servicio insuperable. Es uno de nuestros mejores funcionarios. Hay que tolerar sus salidas de tono.

Y Leni Reifenstahl, ni mujer fatal, ni vampiresa, ni enamorada de Hitler, ni amada por él, continúa esforzándose en justificar la frase de Hitler.

MAQUIAVELO APOSTOL DE LA DICTADURA

NUNCA estuvo mejor ilustrada en los hechos de la historia una obra como en los 400 años que siguieron a la muerte de Nicolo Maquiavelo, el autor del «Príncipe». Fue este extraordinario florentino quien escribió el dogma de que «todos los profetas armados han triunfado, y todos los desarmados han fracasado.» Maquiavelo también escribió: «Nada más estimable a un príncipe que las grandes empresas y dar pruebas de su energía. Debe hacer grandes cosas que asombren y mantengan a sus súbditos en la duda, pendientes de los resultados.»

El ideario de los poderosos

«Un gobernante prudente —decía— no debe cumplir su palabra si al hacerlo perjudica sus intereses y cuando las razones que lo llevaron a comprometerse han dejado de existir». Tal vez esta es la máxima que al fin y al cabo rompa la cordialidad del eje Berlín-Roma, para beneficio del eje Moscú-Berlín, pero llegará el día en que los gobernantes de Rusia y Alemania recuerden que Maquiavelo aconsejó no hacer alianzas con un estado más fuerte, porque caso de obtenerse la victoria en los propósitos de la unión el más débil de los asociados pasará a ser vasallo del poderoso.

Bajo la influencia de Maquiavelo mandó Napoleón ejecutar al Duque de Enghien y por la misma razón patriótica! marchó Mussolini sobre Egipto. Maquiavelo estaba junto a Hitler cuando escribió las páginas vibrantes del *Mein Kampf* que inspirado al gran delator de Hitler, Hermann Goebbels, en su obra *La Revolución del Nihilismo*. Es el carcelero de Schuschnigg en un homenaje a Viena y entró con las tropas alemanas en Praga. Ultimamente ha estado activo en Polonia. Ha hecho un sensacional vuelo en avión al Kremlin, acompañado de von Ribbentrop.

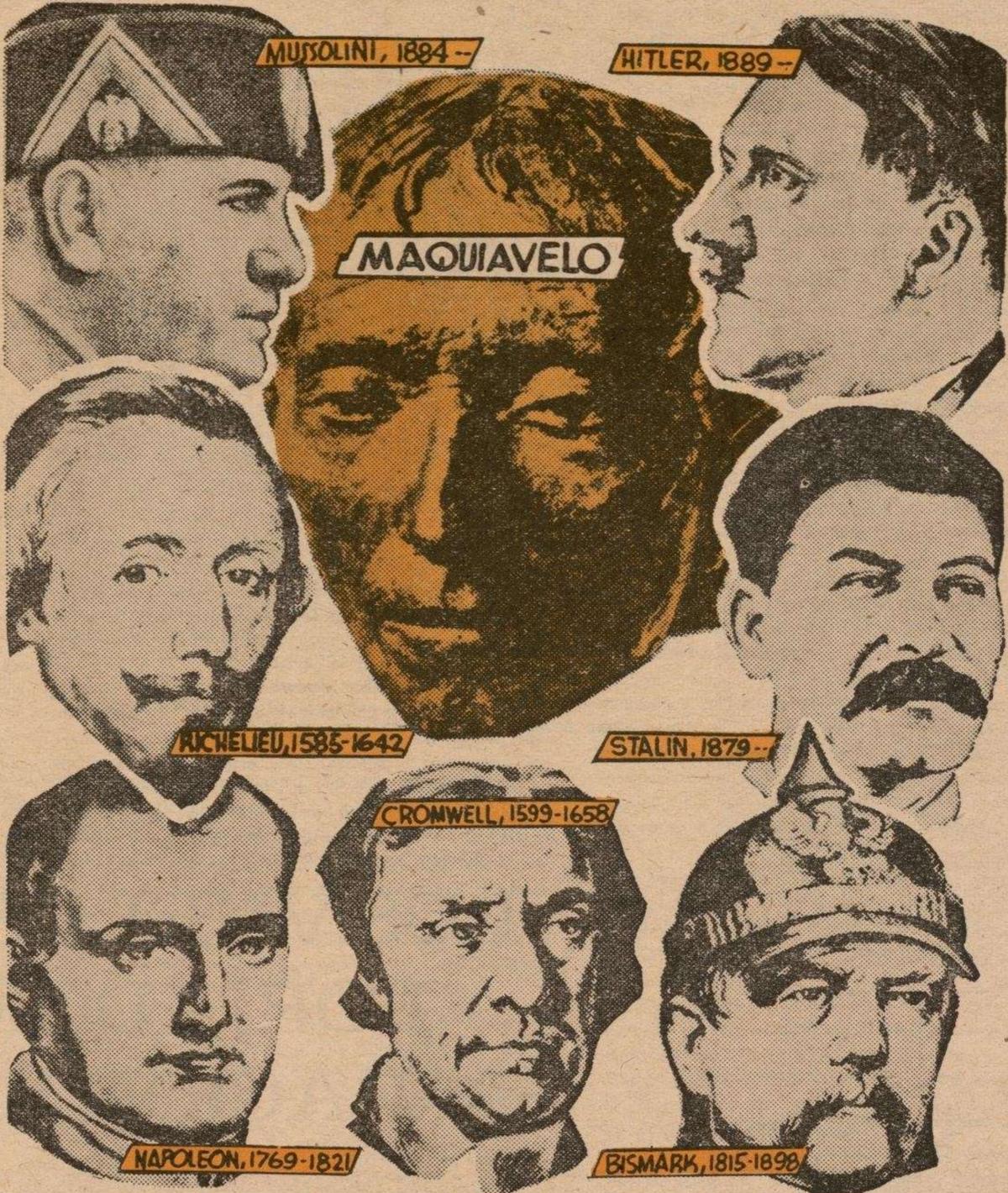
En su más famoso libro, el maestro de los dictadores expuso ideas de palpitante actualidad sobre la formación de los estados tomando como modelo el ducado de la Romaña tal cual lo creara el gobernante César Borgia. Incorporó en la ciencia de la política internacional la razón de la fuerza, y lo hizo con pleno conocimiento de causa, pues mucho antes, había producido su *Arte de la Guerra* en que abogaba por los pueblos armados afirmaba que la infantería, modelo legión romana, era la base de los más formidables ejércitos, y por tanto de la más efectiva diplomacia.

400 años de dictaduras políticas

No es en Alemania, Rusia o Italia donde únicamente ha imperado la filosofía del discolo florentino. Del Renacimiento para acá la doctrina de la fuerza ha sido el entretenimiento favorito de los más grandes gobernantes del mundo. El escritor Albert Carr, en una obra reciente titulada *Juggernaut* o la ruta de los dictadores, nos presenta 20 modelos desde el siglo XVII hasta el presente. En tres grupos divide a los hombres fuertes de este período de perturbaciones. A la cabeza de los dinastas iban Richelieu, Luis XIV, Federico el Grande, Bismarck, y más recientemente Primo de Rivera en España, Alejandro en Yugoslavia, Metaxas en Grecia y Carol en Rumanía.

Los que nos interesan en el presente momento, sin embargo, son los dictadores revolucionarios, Cromwell, Robespierre, Bolívar, y en tiempos modernos Lenin y Stalin; y los hombres de crisis como Napoleón que han tenido parangones establecidos en Mustapha Kemal en Turquía, Mussolini en Italia y Hitler en Alemania.

Según el Profesor Hans Kohn, de la Universidad de Harvard, el régimen de Stalin, como el



Desde que Maquiavelo escribió «El Príncipe», en 1532, el mundo ha sido gobernado por dictadores. Aquí aparecen los modelos más conspicuos del siglo XVII para acá en Francia, Inglaterra, Alemania, Italia y Rusia. La doctrina de la fuerza como forjadora de imperios, explica el fenómeno de las más rudas dictaduras de la historia.

SU DOCTRINA DE LA FUERZA, NACIDA EN LA EDAD MEDIA CON CARLO MAGNO, ES LEMA DEL IMPERIO Y EL SOVIETICO LO FUE DEL BRITANICO.

de Kemal o Napoleón, encaja en el diseño de la civilización occidental en cuanto a ideales, si no en cuanto a métodos.

Los cinco grandes imperios de la historia

Hay otras autoridades, en cambio, que ven el fenómeno del hitlerismo como una tradición histórica. Albert Carr llama a Federico el Grande «el antepasado espiritual de Hitler». De Mussolini dice que a no haber intervenido la Guerra Mundial «estaría hoy muy a pesar suyo en el movimiento socialista, forcejeando entre el Maquiavelo que lleva en el corazón y el Carlos Marx que lleva en el estómago».

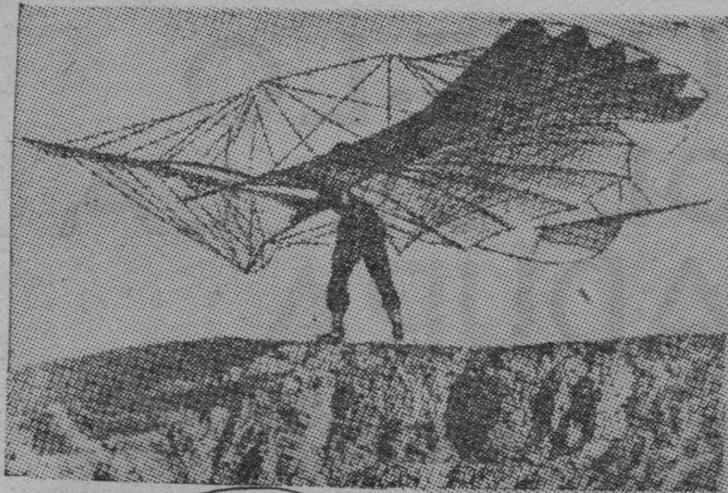
Encontramos síntomas de realidad histórica aún en los aspectos que nos parecen más incomprensibles de las modernas dictaduras europeas.

En esencia, son dictaduras inspiradas en la ideología de los imperios.

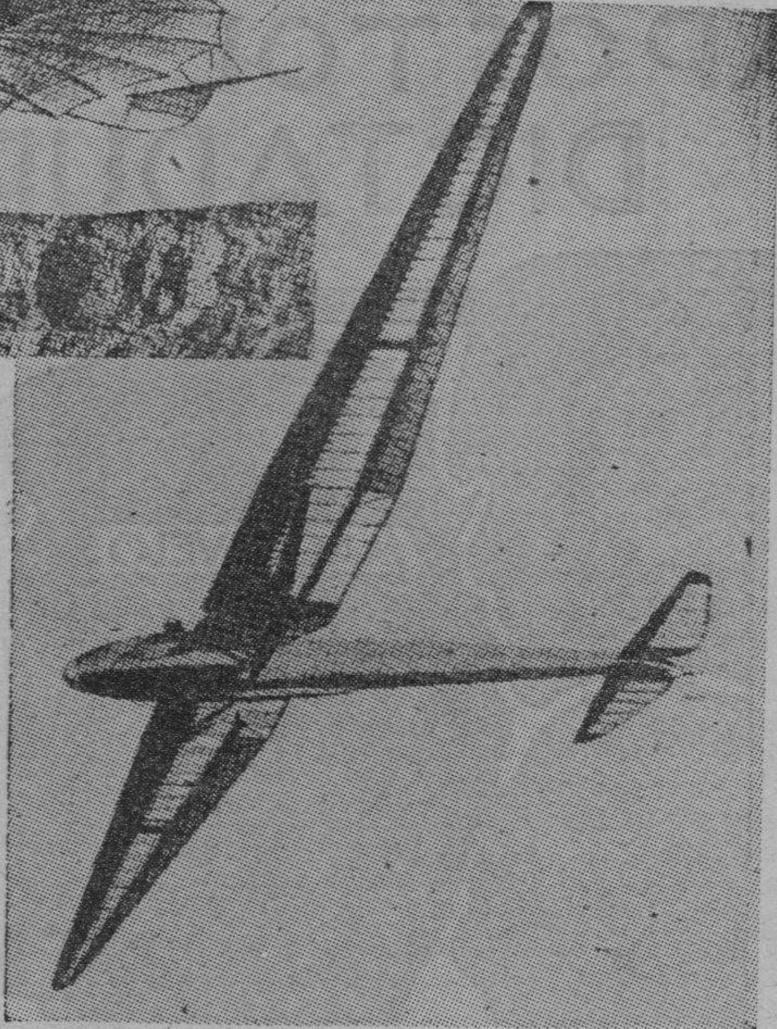
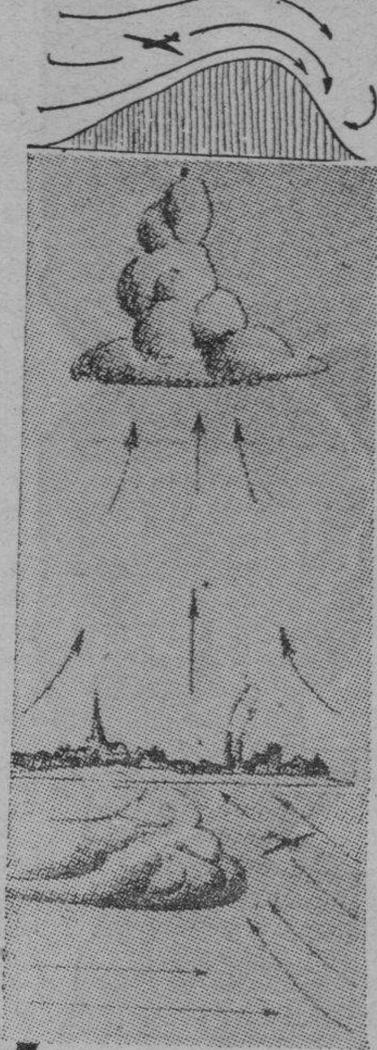
La doctrina del espacio vital de Haushofer, el Presidente de la Academia Alemana que asesora al Fuehrer en sus planes de expansión a base de un programa de geografía política, no es más imperialista que la que practica la Gran Bretaña y eso parece haber tenido en la mente Hitler cuando dijo en su último discurso ante el Reichstag que Inglaterra domina hoy casi la mitad de todo el territorio del mundo.

Un imperio es un sistema de vida que abarca al 25% de la población del globo. El imperio británico cuenta con 500 millones en una población

(Continúa en la página 21)



En 1891 Lilienthal se arrojaba desde una colina con esas alas.



Treinta años después de la hazaña de Lilienthal, sobre las cumbres de la Waserkuppe, se vuela con aparatos de líneas tan esbeltas como el «Viena», de Roberto Kronfeld.

yendo a dar con sus huesos contra la cubierta de un barco anclado en el Sena. O aquella otra del abate francés Desforges que no dió en tierra con su cuerpo, porque un día en que quiso lanzarse

una ráfaga de viento demasiado fuerte le voló el aparato pereciendo en el accidente.

Sus enseñanzas fueron recogidas por Pilcher, en Inglaterra —que también pereció en un accidente— y Chanute, de origen francés, en Norteamérica. Este empezó con un aparato idéntico al de Lilienthal, pero pronto ideó un biplano, en el que las alas rectangulares estaban unidas por numerosos montantes, que le daban el aspecto de un cajón.

Como, por su edad avanzada, no podía hacer personalmente las experiencias, se valió de dos ayudantes: Herring y Avery y más tarde de los hermanos Wright que fueron sus discípulos predilectos.

En el planeador «Wright», el piloto iba acostado sobre el plano inferior. Otra novedad era la disposición del timón horizontal que iba delante.

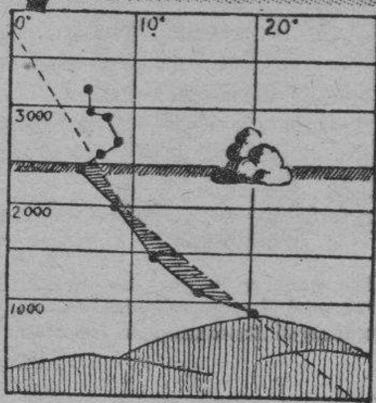
Con uno de estos planeadores, al que se le había colocado un motor de automóvil, realizó Orville Wright su memorable hazaña del 17 de diciembre de 1903, primer vuelo histórico con motor.

La trayectoria de este resultado es bien clara. Antes de Lilienthal, los aeroplanos proyectados, como los de Henson, Ader, etc., o no llegan a despegar por ser demasiado pesado el motor a vapor de que van provistos o, si lo logran, caen en los primeros metros por falta de estabilidad. En cambio la escuela de Lilienthal, lo primero que hizo es resolver la estabilidad del planeador y en seguida aprender a pilotarlo. Y así, cuando la última decena del pasado siglo nos trajo, con los progresos del automóvil, el motor de gasolina suficientemente ligero, los hermanos Wright sólo tuvieron que adaptarlo a su planeador para que la Aviación con motor fuera un hecho.

Después la utilización de la Aviación como arma de guerra hace olvidar al planeador que le dió vida. Pero al firmarse el armisticio, Alemania, prohibida su Aviación militar por el Tratado de Versalles, lanza su juventud a la conquista del aire por el vuelo a vela y pronto sorprende al mundo aeronáutico con sus proezas.

En 1922 se habían recorrido 12 kilómetros sin motor, alcanzando 546 metros de altura sobre el

LOS VUELOS SIN MOTOR, FORJADORES DE LA AVIACION PRE-MILITAR



De arriba abajo. Las figuras 1, 2, 3 y 4, citadas en el artículo.

La solución práctica del problema del aire es relativamente reciente —un poco más de treinta años—, pero la idea de volar puede decirse que nace con el hombre. Desde el primer momento trató de imitar lo que tanta envidia le causaba: el vuelo de los pájaros.

Ya la leyenda nos cuenta la aventura de Icaro y su padre Dédalo, quienes para escapar de la isla de Creta, en la que los tenía reclusos el rey Minos, se ataron a los brazos unas alas formadas con plumas pegadas con cera. Icaro, al desobedecer a su padre, fué la primera víctima, aunque mitológica, de la Aviación. Se acercó demasiado al Sol, y al derretirse la cera cayó al mar Egeo.

Muchos son los pueblos de los que se cuentan aventuras análogas a las de aquel intrépido marqués de Rocqueville, que a la edad de sesenta y dos años se lanzó desde una ventana, provisto de unas alas atadas a los brazos y a las piernas

desde el campanario de la iglesia, dió tantas voces el sacristán, que a ellas acudieron consternados los vecinos, logrando con no pocos trabajos, reducir el abate para que desistiera de su intento.

Hasta el siglo pasado, el hombre no se fijó más que en el vuelo rameado o con alas batientes, primero que se presentaba a su observación.

De seguir este camino, ¡qué poco se hubiera adelantado! Ese es el mérito de Lilienthal, iniciador del vuelo sin motor, el haber estudiado el vuelo de las grandes aves veleras, que recorren cientos de kilómetros sin dar un aletazo, a expensas únicamente de la energía interna de la atmósfera. Después de largos años de experiencias con modelos, se decidió, por fin, a poner en práctica sus estudios realizando, de 1891 a 1896, más de dos mil vuelos y llegando en algunos de ellos a sobrepasar los mil metros de distancia.

El aparato estaba formado por unas grandes alas, de las que se suspendía por los brazos, de modo que las piernas quedaban colgantes y libres para «picar» adelantándolas o «encabritar» al retrasarlas. Subido a una colina, frente al viento, bajaba corriendo por ella hasta que adquiría la velocidad necesaria para, dando un salto, despegar. La colina, de 30 metros de altura, era de arena, creyendo que en caso de caída amortiguaria la violencia del golpe. Sin embargo, un día,

punto de partida y permaneciendo durante trece minutos en el aire.

COMO VUELA UN APARATO SIN MOTOR

El sostenerse un aparato en el aire es consecuencia de su velocidad. En los aparatos con motor es éste el que proporciona dicha velocidad; en los que no lo poseen, es el propio peso el que lo sustituye.

Muchos se habrán preguntado, más de una vez, al ver pasar un avión, ¿qué sucedería si se le parara el motor? No, no se cae de repente. Al igual que los aeroplanitos de papel que de pequeños han hecho nuestras delicias, el aviador empujará la palanca hacia adelante y el aparato descenderá suavemente, según una línea más o menos inclinada, perdiendo altura, poco a poco, gracias a su peso, lo que permitirá al piloto mientras tanto buscar el mejor sitio para el forzoso aterrizaje.

Un vuelo de esta naturaleza se llama planeado, reservándose el de vuelo a vela para todo vuelo sin motor, que se realice sin pérdida de altura.

La posibilidad de que un velero pueda estarse varias horas en el aire sin aterrizar, se comprenderá en seguida. El aparato en su planeo descenderá con una cierta velocidad; mas si el aire que le rodea está animado de un movimiento vertical ascendente de igual velocidad, aquél se mantendrá sin pérdida de altura, y aun la ganará, si la

velocidad de bajada del velero es inferior a la de la corriente ascendente.

La necesidad de aumentar las «performances» de los veleros ha impulsado a la aerodinámica y a la construcción a estudios profundos, que han dado por resultado esos veleros de líneas tan esbeltas, con velocidades de descenso de tan sólo 1,60 metros por segundo!, y finura hasta de 25; lo cual quiere decir que, metido el velero en una corriente ascendente de 4 metros por segundo, subirá impulsado por ella a razón de 3,4 metros, y lograda una altura de 1.000 metros, por ejemplo, podrá recorrer 25 kilómetros planeando. Y raro será que un buen piloto no encuentre, en tan larga distancia otra corriente que le permita ganar altura de nuevo.

El problema, pues, del vuelo sin motor está en el conocimiento y aprovechamiento de esas corrientes. Aunque un poco a la ligera, vamos a examinar unas pocas de ellas por orden cronológico de su utilización.

CORRIENTES ASCENDENTES

Corrientes de ladera.—El viento, al chocar contra las montañas, se ve obligado a adoptar su forma para pasarlas. Se produce así una corriente ascendente, que fué la primeramente conocida y aprovechada en el vuelo a vela. En la parte posterior, si la pendiente es muy abrupta, se producen remolinos, que hacen peligrosas dichas zonas para el vuelo. La altura a que se deja sentir esta ascendencia es la tercera parte de la colina, si está aislada; pero si se trata de una cordillera, entonces llega a ser varias veces su altura.

Por eso, los aviones con motor tienen que remontarse a gran altura al pasar una montaña, si no quieren verse arrastrados por la corriente descendente de sotavento.

El lanzamiento del velero se hace desde la cima de la colina o montaña, cara al viento, y virando en forma de ocho aplastado a lo largo de su falda, se consigue mantener una altura determinada, mientras sopla el viento.

Con esta clase de corrientes se han obtenido los «records» mundiales de duración, entre los que cabe citar las catorce horas del alemán Schulz en 1927, las veintiuna del norteamericano Coke, obtenidas en diciembre de 1931, y el «record», establecido en 1933 por el estudiante alemán Schmidt en treinta y seis horas en las dunas de Rossitten (Prusia Oriental).

Pasando de una colina a otra, o a lo largo de una cadena de montañas, se hacía distancia o se cubría un circuito previamente fijado, cuando aún no se conocían otras corrientes ascendentes.

Corrientes bajo los cúmulos.—Los cúmulos son esas nubes blancas y de formas redondeadas en la parte superior, grises y planas en la inferior, que aparecen desperdigadas en el cielo en primavera y verano, indicando el buen tiempo.

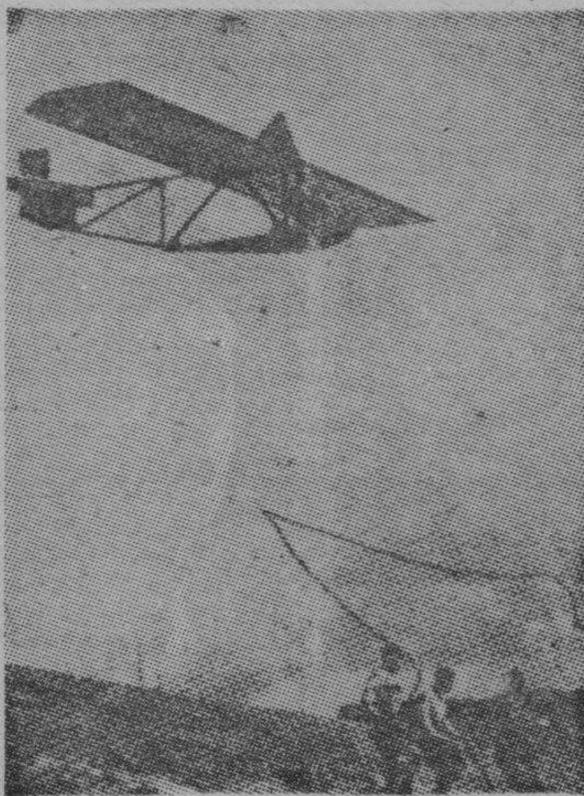
Estos cúmulos son la parte visible de una «chimenea» de aire ascendente, formados precisamente a consecuencia de ella.

El mecanismo de su formación es el siguiente: Los terrenos arenosos, playas, ciudades, trigales, etc., fuertemente calentados por el sol; la capa de aire que hay encima se calienta a su contacto y asciende, por hacerse más ligero, hasta llegar al límite de condensación, en que, debido al enfriamiento paulatino que ha sufrido en su subida, se condensa el vapor de agua arrastrado, formándose la nube. Mientras tanto, otras masas de aire de alrededor irán a llenar el vacío producido por la anterior, y el fenómeno seguirá repitiéndose.

Los primeros ensayos de vuelos bajo los cúmulos fueron hechos en 1928 por el piloto alemán Nehring, quien con un avión de motor de 20 CV. se elevó a 2.000 metros en la base de un cúmulo, logrando permanecer más de diez minutos con el motor parado sin perder altura. Este descubrimiento permitió independizarse del relieve del suelo.

Corrientes en un frente tormentoso.—También las tormentas son aprovechadas en el vuelo a vela. Al pasar la tormenta, la corriente de aire frío que la acompaña, se incrusta como una cuña sobre el aire caliente, obligándole a elevarse.

La utilización de estas corrientes en 1929 inició



Para la enseñanza se emplean aparatos como éste, reducidos a su «esqueleto».

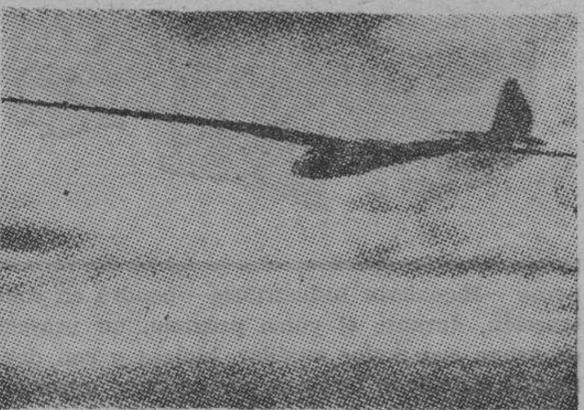
los vuelos a grandes distancias con uno de 148 kilómetros de Roberto Kronfeld, con el velero «Vienna», en el curso del cual se elevó a 2.589 metros sobre el punto de partida, lo que le valió los «records» de distancia y altura.

En 1931, el público que asistía, el 25 de julio al XII Concurso Internacional de la Wasserkuppe (Alemania), presenció el espectáculo maravilloso de doce veleros volando en la pendiente del Rhon en espera del paso de una tormenta, cuya llegada se había anunciado para los cinco.

Las corrientes producidas delante del frente tormentoso arrastraron al «Fafnir», pilotado por Groenhoff, a 1.500 metros de altura. Poco después está a 2.500 donde se encuentra con otro velero, el «Musterle», de Hirth. Pero éste, a los pocos minutos, se ve obligado a aterrizar a 175 kilómetros de la Wasserkuppe (en línea recta), mientras el «Fafnir» continúa, seguido de un cortejo de relámpagos y truenos y con las alas agujereadas por el granizo, aterriza, ya de noche, en Magdeburgo después de haber recorrido 220 kilómetros.

Poco antes, el 4 de mayo, este mismo piloto, con el mismo aparato, había realizado un vuelo, delante de un frente tormentoso, de 272 kilómetros, yendo de Munich a Kaaden (Checoslovaquia), batiendo, con él, la anterior marca de Kronfeld.

Vuelo térmico puro.—En la atmósfera se producen corrientes ascendentes de origen térmico, en general invisibles, que, sabiamente aprovechadas



«El Fafnir», de Groenhof, uno de los mejores veleros que se han construido. En lucha con una tempestad, recorrió 272 kilómetros.

por los ases del vuelo a vela, han elevado el «record» de distancia a 375 kilómetros y lo seguirán elevando en años sucesivos.

La técnica del vuelo térmico consiste en volar en una dirección hasta que el variómetro (aparato indicador de velocidades verticales), nos señale una «chimenea» ascendente. Unos virajes nos per-

mitirán conocer toda su extensión, y apoyándonos en ella subiremos todo lo que podamos. Logrado el máximo aprovechamiento se vuelve a poner proa a la primitiva dirección hasta encontrar otra ascendencia.

Si bien estas corrientes son invisibles, la Meteorología nos puede decir si un día determinado podrán producirse, por medio de los emagramas de Refsdal. El emagrama, presenta en abscisas las temperaturas y en ordenadas las altitudes. La línea de trazos indica el enfriamiento que sufre una masa de aire al ascender libremente en la atmósfera. La de trazo lleno indica las temperaturas del aire a diversas alturas, tomadas por medio de globos sonda, el día y en el lugar deseados.

El emagrama de la figura está hecho en la Wasserkuppe el 10. de agosto de 1931 en el XII Concurso de Vuelo a Vela. Su altura es de 950 metros, y como se ve en el dibujo, la temperatura del aire allí era de 20,98. Las masas de aire al chocar con las laderas de esta montaña se elevarán, siguiendo, en su ascensión, un enfriamiento indicado por la línea de trazos. Pero, según indica la línea llena, el aire que las rodea está más frío, por lo que aquéllas, siendo más ligeras, seguirán subiendo hasta los 2.400 metros, en que se detendrán por llegar más frías que el aire que hay en dicha altura.

Así lo pudieron comprobar los «ases» Hirth, Groenhoff y Kronfeld (llamados los tres mosqueteros del vuelo a vela) en vuelos de cerca de dos horas, que realizaron dicho día. Al siguiente, Groenhoff cubre 107 kilómetros, y Hirth, 193, y el día 5, Kronfeld, valiéndose de esas ascendencias, de 165 kilómetros.

El vuelo térmico, que este concurso puso a la orden del día, ha sido la mayor conquista del vuelo a vela. Inacabable sería la lista de los vuelos térmicos de más de 150 kilómetros, realizados después de este concurso. Para terminar, sólo voy a citar los cuatro vuelos de más de trescientos kilómetros que se han logrado en el último concurso de la Wasserkuppe, celebrado en agosto del pasado año y que abren un amplio horizonte en el porvenir del vuelo a vela.

Dittmar hizo 376 kilómetros con el velero «Sao Paulo»; Hirth, dos de 310 y 315, con el «Musterle», y Wiegmeier, 315. Casi todos aterrizaron en Checoslovaquia.

TITULOS DE PILOTO DE VUELOS SIN MOTOR

Se conceden los tres siguientes, reconocidos internacionalmente:

Título A de vuelo planeado.—Cuando se hace un vuelo en línea recta de más de treinta segundos de duración con aterrizaje normal.

Título B de vuelo planeado.—Cinco vuelos de más de un minuto con viraje en S, a derecha e izquierda.

Título C de vuelo a vela.—Hay que permanecer durante más de cinco minutos a mayor altura que se ha salido.

Con objeto de despertar la emulación, los pilotos usan unos distintivos en la solapa, consistente en una, dos o tres siluetas de ave, con una letra, que es la inicial del nombre del país correspondiente, en blanco, sobre fondo azul, según sean pilotos A, B o C.

IMPORTANCIA DEL VUELO A VELA

Quien por primera vez se haya enterado de los «records» mundiales de la Aviación sin motor habrá quedado vivamente impresionado al saber que con frágiles veleros se ha podido permanecer durante treinta y seis horas en el aire, recorrer 376 kilómetros o subir a 4.300 metros sobre el punto de partida.

Reconocerá que estos números abren amplios horizontes en el porvenir del vuelo a vela, y que los descubrimientos de nuevas fuentes de energía en la atmósfera en poco tiempo son tan numerosos, que no es aventurado suponer su utilización práctica en un día no muy lejano.

Concretándonos al momento actual, sus ventajas no son pequeñas.

Se ha comprobado repetidas veces que a un alumno que posea el título B le bastan unas horas en doble mando para pilotar un avión de turismo. Esta reducción del tiempo necesario para

Sola en Paris

por Guy Preston

LA puerta de «La Máscara Roja» se abría como un bostezo en la cara negra del arrabal parisiense. Su letrero apenas iluminado aparecía como un gesto de total abandono. Sus paredes estaban cubiertas de garabatos hechos por una generación de bohemios, que alternaban con los restos de carteles que iban cayendo en pedazos. Pero a pesar de su aspecto sórdido, seguía siendo «La Máscara Roja» uno de los puntos obligados de recalada de los turistas en Montmartre.

En ese momento la estrecha callejuela en que estaba situado se hallaba completamente desierta y sus adoquines brillaban bajo la lluvia como las escamas de una monstruosa serpiente. Reinaba un silencio absoluto. Ni siquiera el «Sombra» escondido en el zaguán de la casa que le hacía frente, podía ver desde la calle un indicio de la alegría que había dado fama al «cabaret». Inmóvil, esperaba con las manos en los bolsillos y la visera calada sobre los ojos. Sabía exactamente la hora en que las luces de la calle se encenderían y el público alegre saldría del local.

De repente se abrió la puerta y se dibujó en ella una silueta blanca, que con paso rápido se dirigió a la calle. Una muchacha. ¿Bonita? Debía de serlo; solamente una joven que estuviera segura de ser bonita podía caminar con ese ritmo.

El «Sombra» alzó los hombros. ¿Qué importaba? Bonita o fea, la muchacha iba sola y llevaba una cartera, y para uno que está hambriento, lo importante es la cartera y no quien la lleva.

Lola Walsingham se detuvo un momento en la

soltar un piloto se debe principalmente a la seguridad en sí mismo que da la enseñanza del vuelo sin motor en aparatos monoplazas.

La Aviación sin motor reporta grandes beneficios tomada como una pre-aviación. Alemania tuvo prohibida su Aviación militar por los Tratados; pero es evidente que, gracias al vuelo a vela, pudo poner en acción en poco tiempo más pilotos que las demás naciones. ¡Si sólo en una escuela alemana, la Rhon-Rossitten, se obtuvieron durante un año, de febrero a noviembre, 145 títulos C, más de 300 B y más de 1,000 A!

La Aviación privada, para que sea verdaderamente popular, tiene que ser económica. Y en este sentido, ¿cómo no utilizar las enseñanzas del vuelo a vela?

La parte vulnerable de la Aviación sin motor es el paso de una corriente ascendente a otra. Porque si no se la encuentra no hay más remedio que aterrizar. Ahora bien: si el velero estuviera provisto de un motor auxiliar, aunque sólo fuese de 8 o 10 CV, el velero sería ya un verdadero pájaro. Con el motor parado, economizando esencia, mientras se está en la corriente ascendente, y en marcha cuando se pasa o se busca otra.

Esta solución se ha experimentado estos últimos años, habiéndose construido algunos tipos, en diversas naciones, de coste inferior a 1,200 pesos, con satisfactorio resultado.

En España mismo, la Agrupación a que perte-

nezco —Ingenieros Industriales— pondrá en construcción, durante el curso próximo, un proyecto de velero con motor auxiliar, biplaza y con doble mando, calculado también por nosotros mismos.

Se han verificado también experiencias sobre trenes aéreos, en los que la parte tractora es un avión con motor, que remolca a varios veleros, comprobándose su mayor rendimiento sobre el avión de gran carga.

Aparte de la belleza innegable de este deporte, cosa que no hay que despreciar, no se olvide que es el único medio de volar, asequible a todo el mundo por su baratura, ya que su práctica no obliga a realizar dispendios superiores a los deportes corrientes.

Los mismos pilotos de motor, ¡cuánto más sabrían del aire en que navegan de seguir un curso de vuelo a vela! En efecto: la Aviación con motor trata de conocer los trastornos atmosféricos para evitarlos; por el contrario, el piloto de vuelo a vela, los busca para aprovecharse de ellos. Su razón de ser es, precisamente, el viento y la tempestad.

Terminemos con el testimonio del aviador francés Thoret, conocido por su notable vuelo de siete horas sobre un biplano ordinario con la hélice calada, quien ha dicho: «Sólo una larga práctica del vuelo a vela y el conocimiento de las corrientes me han permitido llegar a ser el aviador del Mont Blanc».

Abelardo RICO



vereda y dejó que la lluvia empapase sus cabellos. Se había divertido en «La Máscara Roja», había sido una aventura, pero como la mayoría de las aventuras en que participa una muchacha sola, había empezado a tomar un cariz peligroso; así que, escapando a un «gigoló» demasiado insistente, con el pretexto de una llamada telefónica a un hotel imaginario, había pagado apresuradamente la adición y se escapó antes de que volviera. Cubriéndose la cabeza con su chal Lola trató de hallar un «taxi» en la calle. No se veía luz alguna y se dio cuenta de que tendría que bajar la colina; abajo, en el bulevar, había autos de sobra. Con paso rápido emprendió el camino.

Lola hacía tiempo que se había prometido estas vacaciones en París, pero cuando se le presentó la oportunidad no halló quien la acompañase. A pesar de ello, no se sentía sola. ¡Todo era tan nuevo! Había tantas cosas que ver y que hacer...

A mitad de la bajada, la callejuela torcía hacia la derecha, descubriendo, al fondo, las luces del tránsito. Cuando Lola llegó a la esquina dos cosas ocurrieron simultáneamente: uno de los «taxis» que tanto deseaba hallar dobló la esquina dirigiéndose hacia ella, y una mano velluda que apareció repentinamente en medio de la oscuridad tiró de su cartera. Instintivamente Lola la apretó con todas sus fuerzas, recibiendo un golpe que repercutió en su cabeza.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y a través de ellas pudo ver una cara lívida, escondida bajo la visera de una gorra mugrienta. El hombre dijo algo en francés; sus dientes eran puntiagudos como los de un lobo. Lola abrió la boca para gritar y al mismo tiempo su cartera se abrió, cayendo el monedero.

El ladrón pegó un tirón y Lola, sin soltar la cartera, cayó de bruces. Cuando se incorporó se encontraba sola, y el «taxi» que avanzara despacio estaba junto a ella. Todo esto había pasado en un instante.

¡El «taxi»! ¡El «taxi»! Temblando vió Lola en él al único amigo que la llevaría lejos de todo peligro. De repente el lugar se había vuelto horrible. Cada sombra ocultaba a un asesino, a un apache silencioso que esperaba a su víctima con una navaja en la mano. Todos los relatos horribles que había leído aparecieron ante sus ojos. Sólo sabía una cosa: ¡que debía de escapar inmediatamente de allí!

—¡Taxi! —gritó—. ¡Taxi!
Y abriendo la puerta del coche se desplomó adentro, rodando desmayada.

Lola recuperó el conocimiento lentamente. Ya no estaba en el suelo del «taxi», sino que estaba sentada y su cabeza descansaba en algo blando. Rápidamente recordó lo acontecido en los últimos minutos, a lo que contribuyó la corriente de aire fresco que se sentía. Se incorporó y al mismo tiempo aquello blando que le había servido de almohada hizo un movimiento. Lola dió un grito ahogado y se volvió.

—¿Quién...? ¿Quién es usted? ¿Qué estoy haciendo aquí? —preguntó en inglés con voz entrecortada.

Una voz masculina contestó. Era agradable y su acento francés más bien aumentaba su encanto.

—No tema nada, señorita. Está usted perfectamente segura. Ahora que ha vuelto a recuperar el conocimiento haré que el coche se detenga y podrá usted contarme lo que le ha ocurrido.

Golpeó con los nudillos en el vidrio y el chofer detuvo el coche. Lola vió que estaban en un bulevar bordeado de árboles. Ya no llovía y en el cielo titilaban las estrellas lejanas.

Su salvador se volvió hacia ella, presentándose: —André Bayol, a sus órdenes, señorita.

Había algo en él, pensó Lola, que inspiraba confianza. Tal vez fuesen los labios y el mentón tan firmes o tal vez la mirada ligeramente divertida



que se fijaba en sus ojos. Fuera lo que fuese, Lola se encontró hablando con él con la misma libertad que si lo hubiese conocido toda la vida. André escuchó con suma atención mientras le relataba su lucha con el ratero y la hizo reír a carcajadas al describir su sorpresa cuando vió abrirse repentinamente la puerta del «taxi» y que ella caía a sus pies.

—Así que no debe sorprenderse si estoy que no quepo dentro de mi chaleco, señorita. Después de todo, no todos los artistas tienen la suerte de que una chica tan bonita caiga rendida a sus pies.

Los dos soltaron la carcajada y luego Lola supo que se dirigía a su casa, de regreso de una fiesta, cuando ella detuvo el «taxi».

—Después de todo —dijo— usted no puede quejarse de su suerte. Lo mismo que yo, al haber podido serle útil. Todavía tiene su cartera, a pesar del ratero, y si quiere darme la dirección de su hotel tendré mucho gusto en llevarla.

Lola abrió la cartera; había escrito el nombre y la dirección del hotel en un papel y lo había puesto... ¿dónde lo había puesto? De repente sintió que se le helaba la sangre en las venas al tocar la cadenita que tenía el monedero. Nerviosa, registró la cartera... ¡El monedero había desaparecido! Sin poder articular palabra, se quedó mirándolo fijamente.

André Bayol hizo una mueca.

—Así que no hemos tenido tanta suerte. Díga-



me, señorita Walshingham, ¿cuánto le ha robado ese pillo?

—Cuando le contestó, sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—¡Dios mío! ¡Todo lo que tenía!

—¿Y la dirección del hotel?

—También estaba en el monedero.

—¡Diablo!

Se produjo un silencio. El descubrimiento de su pérdida había dejado a Lola llena de tristeza impotente. ¡Haber puesto tantas ilusiones en este viaje, haber hecho tantos proyectos y tantos sacrificios, para que todo terminara en un día! A pesar de sus esfuerzos, las lágrimas se le escaparon bañando su rostro.

—¡Señorita, por favor! —y una mano firme se apoderó de las suyas, en la oscuridad del coche—. No se desespere usted. Comprendo lo que siente, pero las cosas nunca son tan malas como parecen al principio. Si usted me lo permite, le daré una taza de café y luego es posible que recuerde el hotel en que se aleja.

Lola sonrió, agradecida, a través de sus lágrimas, negándose, con la cabeza, a aceptar.

—Es usted muy amable, señor, pero ¿por qué se va a preocupar usted por lo que me pasa?

—Por el excelente motivo de que en este momento usted es una invitada mía en mi «taxi» —contestó alegremente—. Le ruego, señorita, que me honre aceptando. Crea que lo que necesita en este momento es un café y tal vez una copita de coñac, y mi estudio está aquí a la vuelta.

Lola se sintió tentada. Estaba tan sola en esta gran ciudad que en lugar de haberla recibido con los brazos abiertos la había abandonado sola y sin recursos... Y ahora estaba sin un centavo y con bastante miedo, al lado de este caballero desconocido que le ofrecía ayuda.

Había empezado esta aventura en París, como si fuera un sueño, pero ahora le parecía que el sueño se había transformado en una pesadilla...

Si no aceptaba el ofrecimiento de André, ¿qué podía hacer? Lo único, recorrer las calles hasta la mañana, vestida de «soirée» y con unas sandalias de baile...

Y si aceptaba... Algo que había en la mirada de su compañero le decía que podía hacerlo con tranquilidad.

Un minuto después el «taxi» los dejaba a la puerta de un vetusto edificio.

El zaguán era oscuro y los peldaños de piedra de la estrecha escalera estaban alumbrados en cada descansillo solamente por un suntuario mechero de gas.

Viendo su mirada de desaliento, el artista se echó a reír.

—Creo que tengo que pedirle disculpas por la falta de ascensor, pero si me permite ofrecerle mi brazo...

Empezaron la subida. Tres, cuatro, cinco pisos; ¡aquello era interminable! En el quinto piso se estrechaba la escalera y las paredes blanqueadas se arqueaban, formando una ojiva gótica sobre sus cabezas. Pasaron por el arco y después de subir un piso más, llegaron finalmente ante una antigua puerta de roble. Mientras Lola, apoyada en la pared, recobraba el aliento, Bayol sacó la llave. Se oyó un chirrido y después de una pausa se encendió la luz.

—He aquí mi castillo —anunció André sonriendo—. ¿Quiere pasar?

El estudio era amplio y de techo muy alto, pero a pesar de que las paredes necesitaban una mano de pintura, Lola no pudo menos de admitir que había conseguido hacerlo confortable. Junto a una enorme ventana estaba la tarima para los modelos y a su lado un biombo chinesco. En uno de los rincones había un diván con montones de cojines. Un caballete ocupaba el sitio de honor, y en él, un cuadro sin terminar. El resto del estudio estaba lleno de bocetos y cuadros.

Mientras hacía café en una diminuta cocinita, Lola se dedicó a explorar el lugar. No conocía mucho arte, pero al contemplar dos o tres de las obras de André comprendió que estaba ante un maestro en ciernes. Mostraba un atrevimiento en la composición, una habilidad en el empleo del colorido y una originalidad, que lo hacían sobresalir de lo común.

Se detuvo ante el caballete y preguntó:

—¿Puedo mirar?

—¡Desde luego!

La pintura representaba a un pescador descansando sobre los remos y mirando hacia la popa de su barca. El primer plano representaba parte de una bahía en calma y al fondo se veía un mar sombrío y nubes tempestuosas.

—Lo llamo «El nacimiento de un sueño» —dijo.

—¡Pero es usted! —exclamó Lola sorprendida.

Esa cara no podía confundirse, a pesar de las toscas vestimentas de pescador.

André Bayol sonrió, pero esta vez no había alegría en su sonrisa.

—Es cierto. Pero el cuadro no está terminado. Debía haber una muchacha en la popa de la barca.

Lola se separó lentamente del cuadro. Así que había un amor desgraciado en su vida. ¡Qué pena que todos los hombres buenos siempre encontra-

ban el peor tipo de mujer, o por lo menos, muchachas que no tenían la suficiente inteligencia para apreciar a un hombre decente!

Mientras tomaban café, discutieron la situación. Era extraordinario, pensó Lola, lo consolador que resultaba el tener alguien en quien confiar, aunque fuese un extraño.

—Resumiendo, señorita —dijo André finalmente—, la situación es esta: usted no recuerda aún la dirección de su hotel y su valija está allí. Todavía tiene el baúl en la estación, y en cuanto a dinero... esta noche, al menos, no le hace falta.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Lo siguiente, señorita. Usted está cansada y ya es tarde. Permitidme ofrecerle la hospitalidad de este pobre estudio, y yo pasaré la noche con mi buen amigo Antón, que es lo suficientemente opulento como para vivir dos pisos más abajo. ¿Conformes?

Antes de que pudiera contestar la llevó hasta la cocinita y le mostró su despensa y la forma en que funcionaba la cocina.

—Ya ve que no pasará hambre —le dijo—. Por la mañana tome su desayuno y piense en el hotel. A las diez subiré para empezar a trabajar. Hasta entonces dejemos las cosas en las manos de Dios. Bonsoir, mademoiselle.

Durante un momento se detuvo en el umbral contemplándola, y luego, con una ligera inclinación, se retiró y se oyeron sus pasos mientras bajaba la escalera.

Lola se aproximó a la ventana. Separó las pesadas cortinas de brocado y miró en la noche. Abajo brillaban las luces de París; allá, a su derecha, se elevaba la flecha iluminada de la Torre Eiffel, y sobre su cabeza titilaban millares de estrellas. ¿Tendría que abandonar todo esto y regresar al otro día? ¿Podría hacerlo, aun queriéndolo? De repente París había empezado a significar más que cualquier otra cosa en su vida... ¡pero estaba tan cansada!

Se dirigió al diván, se desvistió en un santiamén y dos minutos después dormía como una criatura.

A las diez en punto golpearon alegremente con los nudillos en la puerta. Lola corrió a abrirla y se encontró con el artista, que llevaba puesto su delantal lleno de manchas de aceite y pintura, dándole un aire absurdamente infantil.

—¿Vestida ya? —preguntó.

—Y en mis cabales —contestó Lola—. ¿Ha desayunado?

—Sí. El bueno de Antón me ha alimentado y de paso me devolvió este delantal que me pidió prestado el año pasado. Siempre me negó tenerlo, pero lo pesqué esta mañana cuando se lo ponía. Tiene un gran valor para mí, porque me lo regaló un buen amigo.

Se dirigió hacia la ventana, abriéndola de par en par. A los oídos de Lola llegó el rumor del tránsito, recordándole que existía un mundo exterior. Contempló con cariño la habitación que había sido su santuario y su mirada se cruzó con la de André.

—No sé cómo agradecerle... —empezó, y no pudo continuar. No hallaba palabras que expresaran en forma adecuada su gratitud. Como si se hubiera dado cuenta perfecta de sus sentimientos, André se acercó a ella y con suavidad le tomó las manos.

—Vamos —dijo—. Todavía no hemos terminado. Primero dígame qué piensa hacer y después le diré yo lo que se me ha ocurrido.

Se sentaron junto a la ventana y André escuchó atentamente mientras ella hablaba. Pensaba ir al consulado inglés, le dijo, y explicar lo que le había sucedido. El cónsul se encargaría de hacerla regresar a Inglaterra. En realidad la cuestión no presentaba ninguna dificultad y esa misma noche se encontraría en Londres.

—¿Y París? ¿Y esas vacaciones con que ha soñado durante tanto tiempo?

Lola cerró los ojos para ocultar las lágrimas.

—Estaba luchando tanto para no perder el valor!
—¡Por favor! —imploró.
André Bayol se puso de pie.
—Señorita —dijo, tomándole del brazo—. Ahora le voy a decir mi proyecto. Usted ha tenido confianza en mí todo el tiempo, desde que nos encontramos. Una vez más le pido que siga confiando.

Lola le miró.
—Desde luego —dijo.
—Magnífico. Seguirá en París, pasará sus vacaciones aquí y, si me permite, tendré el gran placer de llevarla a todas partes.
El semblante de Lola se iluminó por un instante, pero inmediatamente volvió a entristecerse.
—Pero, cómo voy a quedarme? —preguntó, intrigada.

—Usted me va a permitir que le preste el dinero que le ha sido robado. No se preocupe —continuó, interrumpiendo su exclamación de protesta—. Puedo hacerlo, aunque no sea un hombre rico. Así, usted podrá pasar sus vacaciones como había pensado hacerlo, y cuando regrese a Inglaterra me podrá pagar como le sea conveniente. Creo que no tiene nada de particular entre amigos, y nosotros somos amigos, ¿no?

—¡Claro que sí! Pero, señor...
—Si somos amigos me debe llamar André.
—Bueno, André —dijo Lola, ruborizándose.
—Gracias... ¿Lola? —ésta asintió con la cabeza—. Lola, mi amiguita.

Fué poco lo que trabajó en su estudio ese día, o el siguiente, o el otro. Pero para Lola fueron días que transcurrieron demasiado veloces, mientras se daba cuenta de que estaba enamorándose. André no volvió a referirse a la mujer del cuadro, o al «amigo» que le había regalado el delante, y aunque en sus ojos cuando miraba a Lola no se veía más que una admiración sincera, a ésta le parecía a veces hallar en su voz y en sus ademanes algo más profundo que trataba de ocultar. Fueron días pasados en Versalles y en el bosque de Fontainebleau, días encantados en que el sol brillaba como un velo de oro entre los árboles. Y las noches, llenas de música y de alegres risas, en las que Lola bailaba feliz en los brazos de su artista, a los compases de una orquesta de tziganos. Entonces fué cuando, abandonada en ellos, olvidada de lo que les rodeaba, se dió cuenta de lo mucho que le amaba.

Pero la víspera de su regreso ocurrió algo que hizo que todas sus ilusiones se derrumbasen como un castillo de naipes.

André había vendido un cuadro e insistió en celebrar el acontecimiento cenando en la «Rotonde». Lola no pudo menos de sentirse excitada al irse abriendo paso a través de las mesas del famoso café, lleno de artistas bulliciosos, que parecían todos conocer a André y lo saludaban con ruidosa efusión. Las contestaciones de André eran celebradas por todos ellos y no cabía la menor duda de que disfrutaba de gran popularidad entre sus camaradas, cosa que le pareció a Lola de buen augurio.

Subieron al primer piso y se instalaron en una mesa apartada. André pidió la comida y «vino, mozo, mucho vino... ¡Champaña, desde luego!»

El mozo se retiró, y André, levantando la vista del menú, cruzó su mirada con la de Lola.

—¿Le gusta el sitio?
—Es divertido —contestó.
Al mirarle tuvo la impresión de que pasaba una sombra por su rostro. Dejó el menú sobre la mesa, pero siguió con la mirada fija en ella.

—¿Recuerda que esta es la última noche que estaremos juntos? —dijo finalmente.
Lola asintió.

—¡Por favor! Hablemos solamente de cosas alegres.

—Tiene razón. Perdón, «petite». ¿Bailamos?
Bailaron y con el encanto de la música su tristeza momentánea desapareció y al volver a la mesa, Lola, con los ojos brillantes, exclamó:

—¡Ha sido una semana hermosa! ¿Por qué ha sido tan bueno conmigo?

André inclinó la cabeza hasta rozar con los labios la mejilla de Lola.

—Porque... —murmuró—, ¿no lo has comprendido aún, Lola? Porque...

Lola cerró los ojos. De repente le pareció que la música sonaba lejos, que no se sentía más voz que la suya. El momento con que tanto había soñado había llegado, por fin. ¡Qué importaba, que fuera en un lugar abarrotado de gente, mientras le dijese que la amaba; Esperó...

Una exclamación que partió de una mesa vecina rompió el encanto. Una muchacha de cabello rojo, de voz chillona y de una belleza algo salvaje, cuya figura exquisita apenas estaba cubierta por un vestido atrevidísimo, se puso de pie de un salto. Durante un instante permaneció inmóvil, con las manos extendidas, mientras André la miraba, con la boca abierta. En seguida le echó los brazos al cuello, repitiendo su nombre una y otra vez.

—¡André!
—¡Mimi!
—¡Mon, vieux coquin!
—¡Mon petit chou!

E inmediatamente ambos prorrumpieron en un verdadero torrente de palabras, sin tener en cuenta para nada las miradas divertidas de la concurrencia. Sin hacer caso del intento de presentación formulada por André, la muchacha se sentó a su lado sin dejar un momento de hablar, mientras el joven estaba pendiente de sus palabras, acompañadas de gestos exuberantes. La pobre Lola apenas podía pescar alguna que otra palabra, al vuelo, y André, muerto de risa, intentó nuevamente presentar a la recién llegada.

—Querida, esta es Mimi. Mimi, permíteme un momento. Sí, si ya lo veo —y con una inclinación a través del local—. ¿Qué tal, Nico? ¿Te has dejado la barba? Sí, Mimi, el antiguo portero de *mère* Grodin! Pero, Lola... ¡Bueno, es imposible! Esta es Mimi... ¡Es imposible pretender explicar a Mimi!

Dos cabezas inclinadas sobre el menú. Mimi dibujaba algo que provocaba carcajadas en André.

Lola sintió que se le helaba la sangre, a pesar del calor sofocante del lugar. La orquesta dejó de tocar y un empujado apareció con un cartel: iba a empezar la revista.

—Messieurs y Mesdames... —anunció una voz.

Lola murmuró algo y se deslizó afuera, sin que nadie la observara. Pidió su tapado en el guardarropa y en seguida llamó a un mozo.

—Papel y sobre, por favor.

¿Qué podría decirle? Las lágrimas apenas le dejaban ver el papel y sus manos temblaban tanto que a duras penas pudo escribir. ¡Qué tonta haber pensado que André la amaba! ¿Por qué no hizo caso de su primer pensamiento, que le decía que había otra mujer en la vida de André? Sintiendo que se le partía el corazón, escribió:

«Gracias por los hermosos momentos que he pasado. Los últimos días pasados en París han sido los más felices de mi vida... hasta esta noche.

¿Por qué no me habló de Mimi? Hubiera comprendido. Ahora no podré perdonarme jamás por haberle querido.—Lola».

Se dirigió a la puerta del salón; ambas cabezas continuaban juntas. Llamó a un mensajero:

—No lo entregue al señor hasta dentro de media hora —le advirtió.

—«Es imposible explicar a Mimi».
Aún continuaba sonando esa frase en los oídos de Lola mientras esperaba en la calle a que llegara un «taxi», y continuaba resonando mientras el coche la llevaba al estudio en donde había concebido tantos sueños de felicidad.

«El nacimiento de un sueño»... Ese era el título del cuadro. ¡Qué tonta había sido, se dijo, al enamorarse de un hombre que podía amar tanto a una mujer que, aun después de haberla perdido, pintaba un cuadro en que aparecía pensando en ella!

Dejó esperando al «taxi» para preparar su valija y no hizo caso de las quejas del chofer mientras la bajaba los seis pisos. Tenía que tomar a toda costa el expreso nocturno de Calais.

Llegó a la estación cuando aún faltaban seis minutos para la salida del tren. El andén estaba lleno de gente.

¿Qué estarían haciendo ahora? ¿Echaría de menos, aunque fuese un poquito, los ratos alegres que habían pasado juntos?

Pasaban rostros junto a la ventanilla, rostros de gente que buscaba asiento. Pero todos ellos se confundieron en su mirada, fundiéndose en uno solo. El rostro de André, preciso, sonriente, con una mirada franca y divertida.

—¡Lola, Lola, tontuela...!

¡Era el rostro de André!

—Querida, ¿por qué te escapaste así? Te ne estado buscando por todo París.

Su voz llegaba como un murmullo. Sentía algo que la ahogaba. ¿Por qué había venido?

—Me vuelvo a Inglaterra. ¡Déjame, André!

Pero la tenía más apretada aún, no dejándole fuerzas para discutir.

—Pero no puedes volver, querida. ¡Te adoro! Te busqué por todas partes hasta que el mozo me dió tu nota. ¡Qué tonta! Yo nunca he querido a Mimi; tú eres a quien quiero... ¡La mujer soñada! Mimi es Mimi, la reina de las modelos de París. Todo el mundo quiere pintarla. El año pasado desapareció con un conde rumano, cuando estaba en mitad de un cuadro. Imagínate la alegría que he sentido al ver que podía contar con ella de nuevo. ¿Comprendes ahora...?

El guarda gritaba algo, pero Lola no le oyó. No veía nada más que los ojos de André, juntos, muy juntos a los suyos; no sentía nada más que los labios de André pegados a los suyos; no oía más que el eco de sus palabras y el palpar jubilosos de su corazón...

«Querida, no puedes volver. ¡Te adoro!»

Y el tren de Calais se deslizó, entre silbidos, fuera de la estación...



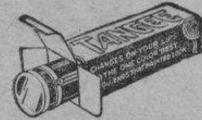
EL DIJO:

«Esa niña será muy linda, será muy afectuosa, será todo lo que quieras... pero ¡hermano! ¿quién se le va acercar con esos labios? ¡Parece que le hubieran derramado un pomo de pintura! Tu sabes que los labios pintados repelen...»



ELLA HIZO:

... lo que toda mujer inteligente: dejó de pintarse y usó Tangee... Ni que hablar, que la decepción del pretendiente se tornó en sorpresa primero y luego en ardiente pasión... y de ahí al matrimonio el paso fué breve.



Tangee se diferencia de otros lápices porque NO pinta —pues no es pintura. Pasándolo ligeramente es rosa. Repasándolo llega hasta un grana encendido. Un matiz aún más vivo lo da el nuevo Tangee «Theatrical». ¡Y siempre luce usted «naturalidad» que encanta! Por eso es el lápiz de más venta en Estados Unidos. Allí las imitaciones no tienen aceptación ¡cuidado que no intenten vendérselas aquí! Exija Tangee («Natural» o «Theatrical»).

Use también el colorete y el Polvo Facial Tangee. Deje hoy mismo las pinturas y luzca más atrayente usando Tangee!



"WHITE BEN
CAMPION"

LONDRES
1950

CLEMENCE
DANE



WHITE BEN CAMPION

Futuro dictador inglés

Clemence Dane (Winifred Ashton) tuvo renombre en el teatro cuando se llamaba Diana Portis. Antes de «La Historia Altanera de White Ben», había escrito «Regimiento de Mujeres», «Ley de Divorcio», «Escobas de Escenario» y «Femenina es la Luna».

ALEGORIA LITERARIA QUE PRESAGIA UNA TREMENDA REALIDAD EN LONDRES PARA EL AÑO 1950.

CLEMENCE Dane, novelista inglesa, vaticina en su obra «La Historia Altanera de White Ben» que en 1950 la Gran Bretaña será gobernada por un dictador. La guerra nabrà desorbitado los valores humanos y desquiciado el orden social. Las familias de las clases altas habrán huido, despavoridas, a los Estados Unidos. En una casa de campo, en los alrededores de Londres, buscaron amparo de los aviones enemigos una viuda y su hija. Para

entretener a la niña, el jardinero hizo con pajas y trapos de uniformes militares, un espantapájaros. A los pies de esta figura tragicómica, florecían las collejas de White Ben. Por eso llamaron al fantasma White Ben Campion.

¡Afuera los cuervos! ¡Matadlos a todos!

Le contaba el jardinero a la niñita que según las viejas leyendas los espantapájaros adquirían la vida si se les rellenaba con raíces de mandrágoras. Una noche, la chiquilla puso una raíz en

el monigote y por extraña taumaturgia White Ben se hizo hombre y tomó el camino de la capital.

White Ben Campion llegó a Londres en el vértigo de la desmovilización y se fué a perorar en el rincón de los poetas de la Abadía de Westminster. Clamaba como un alucinado contra los cuervos y su palabra era grave y delirante. El pueblo andaba a la deriva. Valiéndose de sus malas artes, los poderosos formaban partidos entre las multitudes. White Ben, que no podía pensar con su cabeza de paja, sólo repetía los consejos de sus amigos, Lord Bothering, zar de la prensa, el Teniente Illico Smith, y Arthur Ladimer. El lema del demagogo era «Afuera los cuervos! Afuera!

Llegado al poder su palabra se hizo más fría, su voz más cortante. No atenuaba sus crueldades con la ternura o el amor. Hablaba con la Gran Reina o través de 350 años de distancia. Su voz era el eco del terror: la del Abate de Citeaux en Beziere, encabezando el asalto de los Cruzados contra los albigenses; la de Carlos IX la noche de San Bartolomé; el alarido de los hombres acosados por la locura del miedo y del poder: «Afuera los cuervos! Afuera! Matadlos a todos!»

Alegoría del espantapájaros viviente

Los consejeros de White Ben aprovechaban estas insolencias para ventilar sus odios personales y realizar sus ambiciones bajas. Los cuervos eran los agiotistas rivales y los «normandos». Los enjaulaban; los torturaban; los asesinaban; eran las víctimas del despotismo de White Ben, que así inauguraba su dictadura en Inglaterra. Ejecutaba purgas, a estilo de los modernos jefes totalitarios. Arthur Ladimer, piloto que murió en una de estas purgas, le decía un día mientras lo llevaba en un vuelo: «Usted debe suspender todos los vuelos o cancelar la orden prohibiendo las rutas. O hay transporte o hay fronteras, no es posible tener ambas cosas al mismo tiempo. Yo no bombardeo a seres humanos, sino a las fronteras.»

«La alegoría de esta obra —dice el crítico Lewis Gannett— rebasa las fronteras de Inglaterra. White Ben es un Hitler británico, y después de la próxima guerra los cuervos serán para los ingleses lo que los judíos han sido para los alemanes en sus actuales tribulaciones. Miss Dane parece enseñarnos que la enfermedad del espíritu no es racial, sino un mal del que puede caer víctima cualquier pueblo al borde de la desesperanza. Tal vez algún día los ingleses recuerden que Normandía y la Aquitania fueron en cierta época parte de Inglaterra; tal vez emprendan una cruzada a favor de las oprimidas minorías británicas en Francia y crean en la virtud de su causa.»

El dictador británico de 1950

Nada de extraño sería que al finalizar la presente guerra surgiera en el imperio británico una dictadura de la crisis, como la de Oliver Cromwell. «La dictadura —escribió el ex-director del Times de Londres, Wickham Steed— es una de las más antiguas instituciones humanas. Cuando hay que hacer ciertas cosas para la salvación de una tribu o un país el dominio de un solo hombre ofrece ventajas evidentes. Un hombre que tenga cualidades naturales de caudillo y la cabeza bien atornillada, puede actuar con más rapidez y a veces con más cordura que un comité o un consejo o un parlamento.»

Lo difícil es encontrar al hombre que demandarian las circunstancias. White Ben Campion era un instrumento de la perversidad política, y por tanto un incapacitado. Por mucho que nos rememore los actuales tiempos, no puede compararse a un Bismarck o a un Napoleón.

Un dictador inglés tendría que empezar por comprender que el capitalismo industrial británico justificó en parte las tres falacias principales de la teoría marxista, y con ello crearía otro Soviet. El Soviet, según Wickham Steed, se basó en esos tres mentiras: la del capital surplús, la de la filosofía materialista de la historia, y la de

UNOS cuantos hombres, en los límites de la civilización, teniendo siempre en el horizonte el desierto inacabable y la inextinguible rebeldía de un pueblo que se resiste a ser domado, cuidan la frontera sur de la Francia colonial.

¿Por qué se hallan allí? Es claro que su voluntad los condujo a esos lugares, pero no por eso dejan de ser héroes. Son los puestos de información que aseguran con su vigilancia la tranquilidad de los pueblos que, más al norte, se sienten protegidos del desierto por esa frontera de pechos anónimos.

LOCURA DEL DESIERTO

Allí se presentan todas las miserias de la vida solitaria. Las nostalgias, la felicidad perdida, que suben a la garganta, a veces, para encerrarla en un anillo prieto. El sol. El calor. Los indígenas. La sed. El estómago descompuesto, el hígado que funciona mal, el corazón, que a veces titubea. Y esa soledad siempre, y ese desierto siempre, y ese silencio, eternamente...

Entonces, para reaccionar, el oficial de información experimenta la necesidad de divertirse un poco. En cierta ocasión, un oficial se ve bloqueado durante seis meses. El teléfono ha sido sabotado por los árabes y el jefe sumiso tarda mucho tiempo en sofocar la rebelión, que, astutamente, como un temblor, recorre el territorio circundante. Las conservas están por acabarse. Pero el teléfono, al fin, logra ser restablecido y el coronel pregunta en seguida al capitán de los A. I. qué es lo que necesita.

—¿Qué quiere que le enviemos?

—¿Enviarnos?—dice distraídamente el capitán.

—No necesitamos nada, mi coronel. ¡Ahí, sí! es verdad... Enviennos algunas novelas policiales... Y cuelga el tubo riendo a carcajadas.

El coronel envía cinco aviones para reconocer el terreno. Los aviones vuelan por encima del puesto. El oficial de información hace colocar a sus hombres de manera que formen letras.

—Peste—dice el letrado así formado.

Se envían nuevos aviones con paquetes conteniendo el suero contra la peste. El capitán, divertidísimo, pone a los soldados en forma de letras.

—Gracias.

Después de lo cual entra al puesto, riéndose como un niño.

—Por lo menos, ahora nos creerán completamente locos y el coronel nos dejará en paz...—exclama.

EL «NUEVO»

Lo que más se teme en el puesto es la llegada de un intruso: el desconocido, el imprevisible compañero, que tal vez pueda ser un amigo, o el enemigo, o, peor todavía, el indiferente, aquel que en todo momento se lamenta y dice que estaba hecho para esa vida sin gloria, sin alegrías, y que, en realidad, es magnífica y desgarradora. Cuando llega un recién egresado de la Escuela Militar, de ese Saint-Cyr tan lejano ya, un muchacho que sólo conoce del desierto los relatos más o menos ciertos de los periodistas o las fórmulas maravillosas de las agencias de turismo, que se extraña de no ver servida en la mesa la botella reluciente de champaña, sería una lástima que la gente del puesto no se divirtiese a su costa.

Eso es lo que le ocurrió a Jesús. Indudablemente, él no se llamaba así. Por otra parte, el nombre no interesa.

El hecho es que llegó al puesto con una sonrisa cordial, una cabellera rubia, una dulce imagen ingenua. Parecía una estampa de esas que se imprimen en las solemnes fechas religiosas. La primera noche lució una chaqueta minuciosamente abotonada, pantalones de montar horriblemente incómodos, pero que salían de una de las más elegantes sastrerías militares. Confesó que hubiera preferido estar en Marrakech, por ejemplo. Pero el hombre propone y el general dispone.

Los veteranos lo juzgaron demasiado cándido, demasiado atildado, demasiado joven.

Y empezó la hora de los relatos.

Jesús escuchaba atentamente, con los labios en-



treabiertos, los ojos asombrados, las manos temblorosas.

Se habló de los ataques en que no se oye un solo tiro, de las cruces rojas y las de madera, de los ascensos fulminantes, de los muertos y los vivos.

—¿Te acuerdas qué alegre estaba la víspera de su muerte?—decía uno.

—¿Y el rubiecito aquel al cual los árabes le abrieron el vientre para llenárselo de piedras?—proseguía otro.

Jesús estaba suspenso del relato, completamente absorto. Nunca hubiese imaginado que la vida del desierto fuera así.

De pronto, el jefe del puesto consultó su reloj.

—¿A quién le toca la inspección nocturna? A mí no, pues la hice ayer...

Jesús se puso de pie. Estaba lleno de noble entusiasmo.

—Entonces, podría ser yo, mi capitán...

Todos aplaudieron el gesto del camarada. Jesús se sintió un poco héroe. Lo felicitaron. Y mientras el otro partía en la noche, todos se sentaron a jugar un partido de póker.

Y Jesús se pierde en la noche oscura, tapizada de estrellas, en dirección al blocao, cuya luz advierte como una pequeña estrella que hubiese rozado la tierra. Anda, mientras su cerebro alberga sombríos pensamientos. Las primeras impresiones del desierto son penosas, opresoras. Se imaginaba todo eso de otra manera: había visto el combate y pensaba ser un nuevo héroe de leyenda.

De pronto, se siente atacado, cubierto con una manta y fuertemente sujeto por crueles ligaduras. Su cuerpo es izado sobre un caballo, cuyo pelo áspero se pega contra su rostro. Sofocado, con los huesos molidos por la montura, experimenta un dolor lacerante en todo el cuerpo y una enorme angustia.

¿Cuánto tiempo dura la cabalgata infernal? Una hora o un siglo. En verdad, Jesús ya no sabe dónde está. Ya no piensa en nada. No puede pensar en nada. Se siente demasiado cansado, demasiado solo. Por fin, llegan a destino. Del caballo pasa a una prisión oscura. No es librado de sus ligaduras. Se retuerce por el suelo, vocifera, insulta sin recibir respuesta, pero, sin embargo, adivina la presencia de alguien que lo vigila.

Cuando ha vociferado a gusto, cuando sus pulmones y su voz ya no dispensan un solo esfuerzo, deja de moverse, agotado, y trata de estudiar con lucidez la situación porque atraviesa. Se da cuenta de que, en verdad, no puede ser peor. Ha sido capturado por un jefe rebelde. Y, sin duda, los indígenas pedirán un rescate crecido. Recuerda, sobre todo, las anécdotas que los oficiales contaban hace un instante, después de comer: los prisioneros terriblemente mutilados, con el vientre lleno de piedrecas...

Las horas transcurren lentas, desesperantes.

Jesús consigue ver, por fin, a su guardián. Es un árabe igual a todos los árabes; alto, barado, de ojos ardientes, dientes brillantes, cauteloso e impecable. Está bebiendo. Entonces, Jesús se da cuen-

...de que siente una sed horrible. De buena gana solicitaría un poco de agua, pero ni siquiera sabe el árabe. Pero de todos modos va a morir muy pronto.

El pobre Jesús se encontró de pronto en el cuartel milagrosamente libertado. Todo se cumplió como en los sueños heroicos que gozaba en tierra de Francia, sobre su lecho tranquilo, de vieja casa parisiense. Algunos tiros y el retorno, guiado por la corriente del río.

En medio de sus camaradas, con los cabellos en desorden, el rostro cansado, empezó a decir: «Queridos compañeros, ustedes no pueden saber... no pueden comprender... estoy...» Y las lágrimas corrieron por sus mejillas, los nervios por fin dieron rienda suelta a su terrible tensión.

Una carcajada general puso fin a su ataque de sollozos. Un compañero implacable se encargó de enterarlo de que todo era sólo una broma pesada. Y que había pasado la noche a quinientos metros del vivac, en un «oued» abandonado por las aguas, después de haber dado veinte veces la vuelta alrededor del blocao. Y de la prisión infernal donde se consumía su angustia, hubiera podido ver, si las ligaduras se lo hubiesen permitido, las luces del puesto próximo.

TRAJE DE GALA

Otra vez, un teniente, a quien su destino militar enviaba a Marruecos, llega a un puesto importante. Se le anuncia en seguida que la cena tiene lugar de etiqueta y a las siete en punto. El capitán D..., jefe del puesto, es muy estricto en ese sentido. El joven militar se siente algo molesto por la novedad; le parece ridículo que en pleno desierto las cenas se hagan con tanto protocolo.

—Se ha retrasado, teniente. Son las siete y cinco.

—Perdone, mi capitán, pero mi reloj marca las siete en punto—balbucea el muchacho, asustado por ese comienzo poco feliz.

—No, teniente. Son las siete y cinco. Además, ¿por qué no se ha vestido como corresponde?

—Es que... mi capitán... mi ropa no ha llegado todavía en su totalidad... Le ruego me disculpe, mi capitán...

La cena se desarrolla en medio de una atmósfera enrarecida. El pobre teniente está, en verdad, disgustado y molesto. No podía suponer que en el desierto se fuera tan protocolar, tan aparatoso... Una vez terminada la cena, los oficiales se levantan.

Esto recuerda el caso de dos oficiales que para combatir la nostalgia—el «cafarad»—habían decretado que cenarían siempre vestidos de gala, a semejanza de los oficiales ingleses. Efectivamente, pasaban una larga hora afeitándose, componiéndose, peinándose y colocándose su uniforme número uno antes de ir a comer, bajo un calor insoportable y sobre una mesa plegadiza, conservas infames y espárragos de dudosa procedencia...

Poco a poco llegaron a figurarse que eran verdaderos ingleses; habían adoptado hasta el acento anglosajón, y la misma actitud desvaída y llena de aburrimiento que tienen los hijos de Albión para fumar. Sentados en los silloncitos que, por cuatro centavos, venden los judíos en los mercados de Marruecos, saboreaban sus cigarrillos voluptuosamente, como si estuviesen instalados en sillones del Picadilly Club.

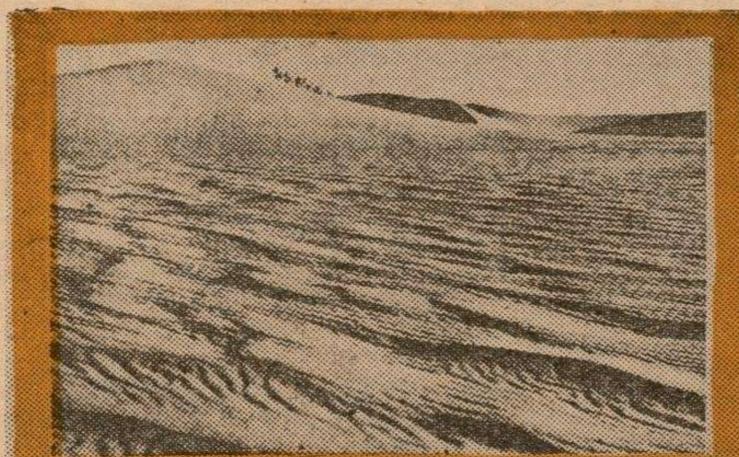
—Nosotros, en el ejército inglés...—empezaba alguno.

—Perdón—rectificaba otro.— No se puede decir nada contra las mujeres de nuestro país; pero confiese, my dear, que cuando las mujeres de Francia se proponen ser bonitas...

El desierto. La soledad. El sol. El deseo de reaccionar, de huir, la certidumbre de tener que quedarse, la necesidad de permanecer como uno mismo y, sin embargo, la más imperiosa todavía de querer ser otro...

TURISTAS

El *baroud* o, si lo prefieren, el *djich*, es decir, la horda de guerreros disciplinados que lo saquean todo, surgidos de una increíble Atántida, con fusiles y cartuchos procurados por quien sabe qué medios, una horda valiente, compuesta de bere-



Una caravana en el desierto, avanzada de la dominación francesa en Africa. (Al lado): Aspecto lleno de belleza, pero inhóspito y terrible.



beres resueltos, infatigables, que combaten por el gusto de la sangre y la rapiña, es el fantasma de los puestos avanzados del sur.

Está en todas partes y en ninguna. Es el enemigo invisible con el cual sueñan los jefes de puesto o, más aún, los de «goums». Son estos últimos quienes le temen más. Pero lo que temen sobremanera los jefes de puesto son las visitas de los turistas, de las hermosas señoras, que, más tarde, podrán decir «que saben lo que es el desierto». Llegan en todo momento con un montón de recomendaciones más o menos oficiales. Es preciso recibirlos, dirigirlos, alimentarlos. Y todo eso hace perder tiempo y disminuye las provisiones del puesto, que no siempre son abundantes. En seguida, los viajeros vuelven a emprender el regreso, con muchas valijas y saludos, sin siquiera averiguar qué noticias hay que dar a la superioridad o qué necesidad tiene el puesto.

Lo esencial es que esos turistas cándidos no sean por añadidura, periodistas. En esos casos, se llega al colmo.

He aquí un ejemplo de lo que le aconteció a una

amable «enviada especial». La señora llegó. El capitán era buen mozo. El segundo jefe muy simpático. Los oficiales restantes, realmente pasables. En seguida, mucha atmósfera de cordialidad.

—Que traigan a las esclavas—ordena el capitán

Llegan tres jóvenes árabes, sacadas del aduar más próximo. Danzas exóticas. Misterio, Sensualidad. Tal vez demasiado. La infortunada periodista observa todo sin pestañear. El capitán esperaba que, después de esa demostración del temperamento árabe, la enviada especial encontrara de pronto el gusto por la civilización. Pero nada de eso. La señora insiste en quedarse.

El resultado de su obstinación no se hace esperar. Al día siguiente, en seguida de cenar, ruido de tiros. Crepitar de balas a lo lejos. Los oficiales saltan de sus asientos y desaparecen con las armas dispuestas. Media hora más tarde vuelven al campamento, diciendo: «Todo ha terminado». La periodista no oculta su alegría. ¡Qué nota magnífica podrá ofrecer a sus lectores! Se siente hasta valiente. Diez minutos más tarde, un soldado entra en el puesto:

—Permiso, mi capitán, ¿qué hay que hacer con los prisioneros?

—¡Que les corten la cabeza!—ordena el aludido.

La sangre de la señora empieza a helarse.

—No, no... Se lo ruego... ¡tenga piedad!... —implora, aterrorizada.

—¡Que les corten la cabeza!—repite el capitán inexorable.

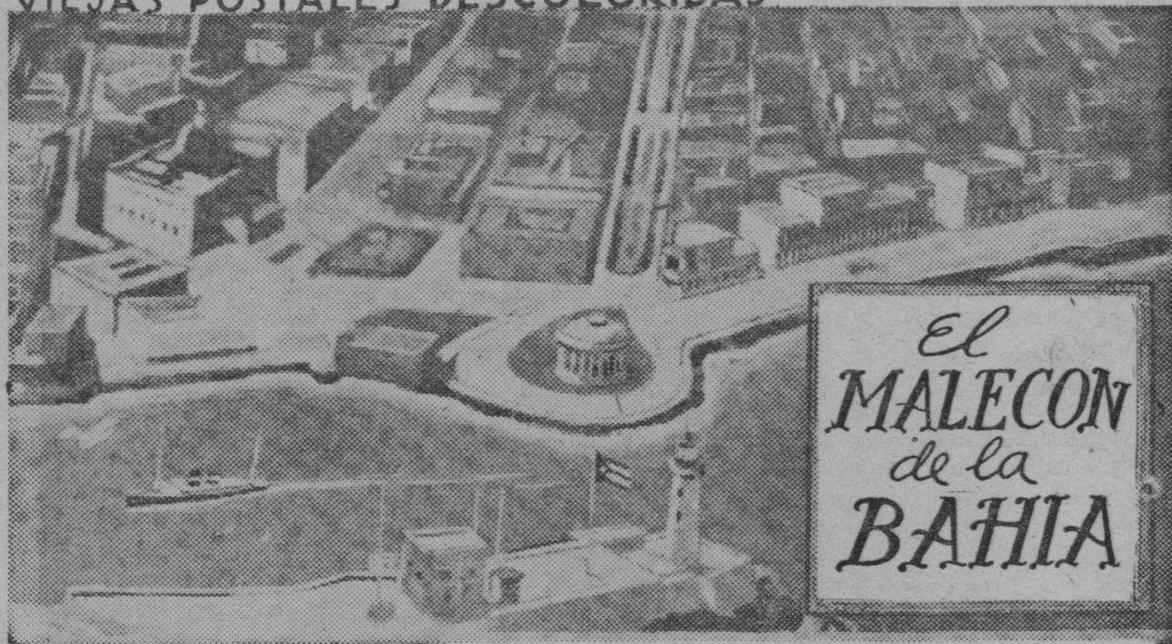
Después de una noche llena de pesadillas, la enviada especial se enteró de que todo, desde la danza y el asalto nocturno, como los prisioneros y la pena de muerte, era una broma del capitán. Sin esperar más, abandonó el puesto. Todos se regocijaron. En realidad, la pobre señora no era molesta ni fastidiosa. Pero cuando se está en un puesto, es para quedarse solo. Poco importa quién sea el intruso: es el intruso, y eso basta. Un verdadero agente de información no puede soportar extraños. A su alrededor, hay tres o cuatro personas, con las cuales trata diariamente: el segundo jefe, algún oficial, el ayudante indígena. Y nada más.

Sí... Tal vez, en Francia, una presencia rubia que, acaso, no sepa esperar...



Dos centinelas del desierto, después de una excursión por las arenas ardientes.

VIEJAS POSTALES DESCOLORIDAS



por Federico Villoch

CUANDO en los primeros meses del gobierno del General Machado se dió a conocer su célebre y fantástico Plan de Obras Públicas, la crítica de una parte, y de la otra, el choteo criollo tuvieron ocasión de lucir sus facultades; pero Carlos Miguel de Céspedes, nombrado Secretario de Obras Públicas, acometió aquellas obras con denuedo y fe; y lucha aquí, vence allá, logró al cabo que burlas y críticas se acallasen, siendo realidades la Plaza de la Fraternidad, el Capitolio con sus jardines, la Carretera Central, la transformación completa del paseo del Prado, la Avenida de las Misiones, y cien mejoras por el estilo, entre ellas, el Malecón de la Bahía, que ha dotado a nuestro puerto de una de las entradas más bellas del mundo, y que es objeto de la presente vieja postal.

Y no vale decir aquí, siempre en el plano de la enconada crítica política—del que ni Dios nos saca por inveterada costumbre—que aquellos polvos trajeron estos lodos; porque no hay tales lodos, sino muchos jardines sembrados de vistosas y perfumadas flores; y muchas innovaciones de indiscutible trascendencia; y gran número de bellezas que nos honran ante el mundo: si hay lodos, irán por los caminos de Dinamarca; de lo que es bien que nos apartemos, no sin llevarnos las manos a las narices...

Antes de iniciar sus planes el dinámico Carlos Miguel, la entrada de nuestro Puerto no se distinguía, ciertamente, ni por lo pintoresco, ni por lo limpio; teníamos, pasada la barra del Morro, la «Puntilla», ensenada fea y cenagosa, donde se mecían docenas de endebles botecillos destinados a la pesca, que utilizaban los aficionados domingueros, los que corrían serios peligros al pretender alcanzarlos saltando de arrecife en arrecife; y hoy pueden hacerlo, cómodos y seguros, gracias al embarcadero construido en el propio sitio compuesto de varios escalones de piedra.

También servía esta «Puntilla» para desembarcar las maderas que procedentes de las costas americanas traían las barcas y bergantines que se dedicaban a ese negocio, depositándolas allí para ser luego conducidas a los almacenes de Ladislao Díaz y Tellería, que, como se recordará, tenían sus barracones y almacenes en lo más céntrico del Prado. El de Tellería desapareció devorado por un gran incendio. A veces permanecían aque- llas maderas cerca de la Punta, formando grandes ton- gas sobre las que venían a sentarse los paseantes al caer el día, para ver entrar los buques por la boca del Morro y deshacerse, en blancas y bulli- ciosas espumas, sobre los arrecifes de San Lázaro, los imponentes oleajes del invierno. ¡Qué diferen- cia entre aquel sucio y maloliente lugar, vertede- ro de caños y cloacas; y el limpio y cómodo Ma- lecón de hoy, cuyo primer tramo construyeron los americanos durante el mando del general Wood, en 1901. Allí tenía aquel popular Don Bernardo,

«el de la Punta»—mote que no sabemos si se lo debía a vivir en aquella explanada, o a la costum- bre de usar la larga canosa pera terminada en pun- ta—jefe de voluntarios, y de los más intransigentes, por cierto; allí tenía, decíamos, su casa par- ticular, que se le triplicó de valor entre las ma- nos, al vendérsela al acaudalado señor Tirso Mesa para convertirse más tarde en el entonces a la mo- da Hotel Miramar, de vida tan efímera, sin em- bargo, y no obstante los esfuerzos que para soste- nerlo en primera línea realizó su arrendataria doña Pilar Somoano de Toro. Antes de edificarse el que fué después Hotel Miramar, varios alegres bohe- mios de la época, entre ellos el recién graduado doctor Pereda, los hermanos Robreño, Elías Ve- dia, Villaverde, el nieto de Don Cirilo, el posta- lista, Carlito Maciá y otros jóvenes de la Acera, en un cafetín que se instaló provisionalmente en la casa que había sido del citado don Bernardo, «el de la Punta», fundaron un Petit-Club que bau- tizaron con el exótico y pintoresco nombre de «El Malecón de Alejandria», por el recuerdo que des- pertaba aquel sitio de Dionisius y otros persona- jes de la novela, entonces en boga, titulada «Afro- dita», original del exquisito escritor francés Pierre Luis, cuyo argumento se desarrolla en aquel pin- toresco puerto del Oriente. Chistes, risas y cancio- nes alegraban aquel rincón, hasta las prime- ras luces del alba: la hora de los pescadores; y de las pecadoras. Ramiro Mazorra le cantaba al- gunas veces el Cielo y Mar, de Gioconda, o el prólogo de Payasos, a las olas. En el «Malecón de Alejandria» se brindaba todas las noches por el porvenir de Cuba—entonces palpitante de hala- gadoras esperanzas—y también por que «aquellos primeros metros del Malecón que acababa de ini- ciar el gobierno de la intervención americana lle- garan en su día a extenderse a todo lo largo del litoral, hasta el Vedado, convirtiendo el oscuro y pestilente albañal de San Lázaro en un limpio y elegante paseo digno de la capital de la Repú- blica; y encanto de los que un día la visitaran, entrando por su Puerto». ¡Felices los supervi- vientes de aquella simpática bohemia del «Malecón de Alejandria», que, andando el tiempo, vieron su sueño realizado!... Pero continuemos, después del «Castillito», y de veinte y seis años de tiempo, con el Malecón de Carlos Miguel.

Después de la «Puntilla», se levantaba el muro de la calle de Cuba, en cuyo número cuatro se hallaba, y se halla aun, el célebre café «El Lu- cero», en el que cafan de madrugada gentes del hampa enredados con la policía y tan conocidas como «Jimenito», Pancho Iman, y el diestro carte- rista Juan Vento, hermano del tristemente célebre bandido Manuel Vento, el de las coplas; del que se libró al fin la sociedad aplicándosele «la ley de fuga». En los altos del café «Lucero» vivía el Mar- qués de Sandoval, quien se entretenía por las tar- des en arrojarle desde su terraza centavos y ní- queles a la chiquillería del barrio. El café «Lu-

cero» era propiedad de don José Echezarreta, abuelo del hoy tan aplaudido barítono cubano Ro- mano Splinter.

Frente al muro, entre «El Lucero» y la Maes- tranza de Artillería, existía una pirámide de viejas granadas, al parecer inservibles, cercada por una verja de hierro, como recuerdo del tiempo anti- guo. No recordamos si fué una de estas granadas, u otra que se trajo a la Habana, de las que ha- bían servido en Cárdenas o Santiago de Cuba, en la guerra con los americanos, fué escogida por el comandante de dicha Maestranza don Severo Go- mez Núñez, para rodearla de un aro de platingo y conservarla como recuerdo de aquella guerra, y al estar realizando ese trabajo varios obreros de dicha Maestranza, sin sospecharlo, hizo explosión el proyectil, hiriendo de gravedad a varios de aque- llos, y causando la muerte del cabo Martín Flo- res y del joven Carlos Bauzá, hermano éste de Joaquín, que años más tarde fué conocido y apre- ciado administrador de la empresa Suárez y Ro- dríguez, del género cubano, que funcionaba en el teatro Martí.

Al lado de esta pirámide de viejas granadas se levantaba un cuartelillo destinado a los obre- ros de la infantería de marina que trabajaban en la Maestranza. A la puerta de la cocina de este cuartelillo veíase por las mañanas un buen núme- ro de chiquillos callejeros de aquella barriada, pe- lando papas, todos a una; a cuyos servicios corres- pondían después los cocineros del cuartelillo dán- doles a cada uno una buena cacerola de rancho, que se llevaban a sus casas respectivas. Forzando la memoria no nos costaría mucho citar los nom- bres de algunos de aquellos «fiñes»: unos, segados ya por la muerte; otros, desaparecidos en el mon- tón anónimo de la miseria; algunos, triunfadores de la vida, en la que ostentan, al presente, des- tacados puestos en la política, las profesiones uni- versitarias y las finanzas. Venía después el lla- mado «boquete», frente a la tan citada Maestran- za; y seguidamente, las peligrosas resacas que iban a estreñarse con el muro de la Cortina de Valdes, todo lo que comunicaba a la entrada de nuestra bahía el poco agradable panorama de un puerto turco de segunda clase.

El Sr. Presidente de la República inició solem- nemente los trabajos de dragado a la entrada del Puerto, en la parte conocida por «Bajos de San Telmo», el día 23 de septiembre de 1925. Todos recordarán aquellos disparos de cañón que se hi- cieron para que desapareciesen dichos bajos. El propio Presidente manejó una carretilla para con- ducir los primeros materiales de la obra, y fué estruendosamente aplaudido por el numerosísimo público que presenciaba el acto. Si Machado se hubiera retirado al terminar su primer benefico- so período de gobierno, muy otra hubiera sido su memoria; pero ya dijo Cervantes—y pocos han hecho caso de su dicho—que nada hay más gra- to que mandar y ser obedecido; y que una vez que se ejerce el poder, se desea ya conservarlo toda la la Capitanía del Puerto, y el relleno del espacio comprendido entre dicho muro y el Litoral, cons- tituyendo una obra que debía considerarse de pri- mera necesidad, toda vez que no sólo embellecía la ciudad y la entrada del Puerto, sino que ensan- vida»...

Tenían por objetivo aquellas obras la construc- ción de un muro entre el Castillo de la Punta y chaba y facilitaba el tráfico, evitando la conges- tión en los muelles y parte comercial de la ciu- dad. Para llevar a cabo toda esta fuerte y com- plicada urdimbre, trabajaban tres grúas flotantes que se llamaban «Cristóbal Colón», «Hatuey» y «Guarina». Se echaron a volar las especies más alarmantes y ridículas: que la bahía se iba a des- bordar sobre la ciudad—¡Jesús nos valga!—; que en los días de fuertes nortes las embarcaciones surtas en el Puerto iban a chocar y deshacerse unas contra otras; y, en fin, que no se le robaban al mar impunemente ciento once mil metros cuad- ros, sin que «a su hora», su venganza fuera terri- ble y memorable. Aquel «loco de Carlos Miguel» abrigaba sin duda secretos y pérfidos designios sobre los pacíficos—y rutinarios—vecinos habaneros

Pero se realizaron las obras; y ya hemos visto que no se desbordó nada, como no fueran los debidos elogios a los iniciadores de aquella; ni que temblaran las esferas, sino que ha quedado allí una amplia y bella avenida que predispone en nuestro favor a los cultos inmigrantes que nos dispensan la honra de visitarnos...

La entrada del puerto de Barcelona despierta en el viajero la idea de que lo hace en una ciudad en alto grado optimista, comercial, industrial; en el caso de Nueva York, que va a enfrentarse con un monstruo de acero que puede, o acogernos, o estrangularnos, entre sus musculosos brazos; en el de la Habana de hoy, que le espera una dulce y bella criolla ataviada a la moderna, todo amor, cariño, simpatía...

Los que no conocieron, o no recuerdan, el aspecto de aquella entrada de nuestra bahía, no pueden aquilatar, ni darle su justo aplauso, ni su merecido elogio, a las obras que allí se llevaron a efecto en el corto período de poco más de un par de años, a lo sumo. Se iniciaron las obras el día 22 de marzo de 1926 y... hay que escribir el SE CONTINUARA de los folletines. Desde que empezaron aquéllas no se hablaba más que de su fracaso. Este Malecón de la Bahía sirvió de tema a los opositores del Gobierno para enjuiciarlo ante el público. Muchos iban allí por la mañana, o por la tarde, para gozarse en este o aquel fiasco o malogro; o para retirarse, mordiéndose los labios con despecho, al constatar que la obra iba adelantando día por día, pulgada a pulgada, metro a metro. Que se agotaron los fondos. Que Cartafu, Secretario de Hacienda, se negaba a conceder nuevos créditos para continuar la descabellada empresa. Que el gobierno americano, velando por la seguridad de su marina de guerra y de sus grandes barcos trasatlánticos, le habían opuesto serios reparos a la obra en una enérgica nota diplomática que obraba ya en poder de nuestro gobierno. Que, en fin se iban a suspender los trabajos; pero todos los días, al asomar el astro rey su «rutinada faz», que dice Quijano, por encima de las lomas de Guanabacoa la Bella, las sirenas de las dragas allí instaladas hendían los aires con sus estridentes silbatos; y continuaban los trabajos.

Desde el Castillo de la Punta—que al decir de la gente, entre paréntesis—por milagro no se convirtió en pintoresco hotel para turistas, cuando cierta activa señora, entendida en el ramo, le hizo proposiciones a José Miguel para adquirirlo y dedicarlo a aquellos fines, desde la pintoresca fortaleza, decíamos, que se levanta a la entrada del Puerto, a la derecha, hasta tocar en el Muelle de Caballería, trepidaba, se movía y se agitaba a lo largo del Litoral un mundo de obreros, de albañiles, de mecánicos; un vértigo de dragas, ataguías, camiones cargados de barriles de cemento, de vigas de hierro, de pilotes, de rollos infinitos de alambres; una catarata de cantos y enormes pedruscos; una pesadilla de bombas, donquis y gruecas cañerías de desagüe; imágenes espantables de buzos que ascendían de lo profundo, con sus chorreantes escafandras, después de asegurar un base o desplazar un estorbo; un desfile continuo de ingenieros, de ineantes, carpinteros, zapadores, todo en número tal vez superior al que necesitaron las líneas Maginot y Sigfrido para levantarse entre los campos enemigos de Francia y de Alemania. Y los imprescindibles comentarios de los infinitos zánganos que iban a ver cómo trabajaba la colmena:

—¡Qué barbaridad!...

—¡Claro, como es el pueblo el que paga!...

—¡Ni el Canal de Panamá!...

—¡Están locos!...

—Al partir del espigón de la Pila de Neptuno nos explicaba un ingeniero que trabajaba en las obras, cuando algunas veces íbamos a hacer también de zánganos contemplativos—y en una distancia de 4.30 metros, en dirección al Castillo de la Punta, el Malecón estará formado por dos hileras de tablestacas de hormigón armado, separadas entre sí y a distancias variables, según la profundidad del firme, fluctuando esta distancia entre 3.30 metros y 14.10 metros. Entre estas dos hi-

leras de tablestacas y a distancias regulares de 2.50 metros entre sí, se clavarán pilotes verticales que llevarán a cada lado pilotes inclinados hacia la línea exterior de tablestacas, y que servirán de tornapunta a toda la estructura...

Y por ahí continuaba el atento informador llenándonos la cabeza de amarres y pilotes; de alquitrabes y escolleras; de taludes y zunchos; de placas y de muros, de tal modo, que ya nos parecía ver convertido el Puerto todo en una inmensa explanada, sobre la que corrían y se entrecruzaban los buques de todos los tamaños y calados convertidos en automóviles, tranvías, ómnibus y motocicletas.

Los señores Arellano y Mendoza fueron los contratistas de las obras, siendo sus directores Mr. C. C. Fig-Feral y José del Alamo, auxiliados por los ingenieros cubanos Agustín Abadía, José María de Hombre, Amigó, Latorre y Corominas. Trabajaban en ellas un promedio de cuatrocientos hombres diarios, entre carpinteros, electricistas, albañiles, mecánicos, etc. Recordamos de ellos los maquinistas de grúa Joaquín Bauzá, Antonio Vico, que falleció recientemente; Amador Rodríguez, Julio Soldevilla, Manuel Torres, José Mateo, y Herrera, maquinista que lo había sido de los Ferrocarriles Unidos, en la actualidad guardia jurado de la tienda «El Encanto» de Galiano y San Rafael, muy querido de sus dueños. De los capataces, José Peña, Antonio Quintero; y de los veinte mecánicos que había, a Valdés y Solares. Un sentido recuerdo para el buzo Emilio Leyra, gallego de no más de veinte y cinco años, que pereció ahogado al colocar uno de los últimos bloques de la obra...

Debemos sentirnos altamente orgullosos los habaneros de ese magnífico panorama que el viajero contempla desde la toldilla de su buque. al

MAQUIAVELO...

de 2,100.000.000. El mongólico del año 1,250 contaba con 100 millones de 400; el árabe del año 800 comprendía 50 de 200, igual que el chino y el romano del primer tercio de la era cristiana.

Mahoma, el enemigo del Sagrado Imperio

Romano Universal

De 1800 a 1935, la población del mundo aumentó de 800 a 2.100 millones. La raza blanca se cuadruplicó; la negra y la amarilla doblaron sus efectivos. ¿Qué de extraño que en este período tumultuoso hayan ocurrido acontecimientos tan enormes fundados en la filosofía maquiavélica?

La dictadura hizo surgir a Napoleón por obra y gracia de la fuerza, y la fuerza lo hizo caer en Waterloo. Sobre las ruinas del Corso, en el Congreso de Viena, dominado por el Zar Alejandro de Rusia, por el austriaco Metternich y por el francés Talleyrand, se concibió la Santa Alianza que proclamó una cruzada de la fuerza contra las nuevas democracias hispanoamericanas y restauró el trono de Fernando VII en España.

Mirado con la adecuada perspectiva histórica, Hitler sólo afirma el desarrollo de la civilización europea con arreglo al principio imperial de la Edad Media. El escritor francés Henri Pirenne ha descrito ese período como uno de auge nórdico simultáneo con la aparición del mahometanismo.

Hubo un imperio de Carlo Magno que abarcaba a toda Europa: bretones, anglosajones, eslavos, bávaros, daneses, serbios, aquitanos, borgoñeses, romanos. Empezaba a crearse el diseño político del mundo. No había franceses ni idioma francés. Mahoma era la barrera que impedía el sueño de Carlo Magno y de los Papas de crear un vasto Sagrado Imperio Romano de extensión universal.

Está Inglaterra aliada a fuerzas antieuropeas

No se originó este período con los emperadores bárbaros, cuando las naciones germánicas acabaron con la alta civilización romana. Los bárbaros habían estado en contacto con Roma desde antes del primer César, de acuerdo con Pirenne. Al disolverse los estados occidentales, Mahoma avanzaba sobre Europa y los judíos y los sirios se

enfrentarse con la entrada de nuestro Puerto: allá lejos, dominando el grupo de modernos y hermosos edificios que lo rodean, la majestuosa e imponente cúpula de nuestro Capitolio; los rascacielos que de poco tiempo a esta parte se han levantado en lo mejor y más céntrico de nuestra urbe; la doble línea de frondosos árboles de nuestro paseo del Prado, cuyo piso granítico de distintos colores semeja una rica alfombra extendida a todo lo largo de la poética alameda; el Palacio Presidencial, simpático y atrayente en su modestia; la ancha Avenida de las Misiones que a él conduce; el monumento al Generalísimo Máximo Gómez, cuya bélica prestancia corrió por el mundo entero durante la epopeya de la Independencia Cubana; después, en medio de los jardines, el del gran educador D. José de la Luz Caballero; la nueva Estación de Policía; la típica Plaza de Armas y el antiguo e histórico palacio de los Capitanes Generales, que ya hoy, en gran parte, pueden verse desde los muelles; los amplios y sólidos espigones, a la vera de los cuales atracan al presente los trasatlánticos de mayor calado; y, el día que haya Justicia, queremos decir, cuando se levante el Palacio de Justicia que se tiene en proyecto, sustituyendo al feo caserón amarillo de la antigua cárcel colonial, se le habrá añadido una nueva y deslumbrante perspectiva a la entrada del Puerto, que ya hoy, gracias al «loco de Carlos Migue», tiene bastante y es sobrado bella con EL MALECON DE LA BAHIA.

Pero con eso y todo, las obras de ese Malecón no están terminadas. ¿Habrán, entre los «razonables de la hora presente», algún «otro loco» que quiera darles digno remate? Aunque a «los locos del día» les da más bien por el delirio de grandeza...

habían apoderado del dinero y las riquezas materiales. El bárbaro vino a vigorizar y perpetuar la cultura ya existente en arte, en literatura y en religión, y de ahí nació un producto romano-germánico. Florecieron el materialismo y la esclavitud.

El árabe, en cambio, nunca se europeizó. Era un fanático de la religión que acosaba junto con el judío a los europeos y los obligaba a buscar refugio en las costumbres germánicas. Hasta hubo un arte bárbaro basado en las influencias persas y bizantinas. Las tribus nórdicas luchaban contra la invasión elaborando el dogma de la fuerza de la Edad Media. Las dos terceras partes de los escritores de esta época son de origen anglosajón, irlandés o franco.

Acaso la prédica antisemítica, el agrarismo marxista, el ateísmo europeo, tienen hoy una razón de ser frente al imperio británico, que oscila entre mahometanos, judíos y budistas. «Las naciones proletarias hacen alarde de fuerza porque necesitan pan y territorio», parece ser el grito de Hitler y Stalin. El Fuehrer habla a nombre de la civilización cuando propone un arreglo. Inglaterra y Francia contestan negativamente a nombre de la civilización. Como pensaba Maquiavelo, será la fuerza la que decida la controversia, y posiblemente en el choque salgan derrotados ambos contendientes o la victoria de uno sea el génesis de la revancha del otro, veinte o treinta años después.

MUY BREVES

DE ACTUALIDAD.

Ginebra ya no es la sede de la Sociedad de las Naciones sino de la Sociedad de las Alucinaciones. (Kladderadatsch).

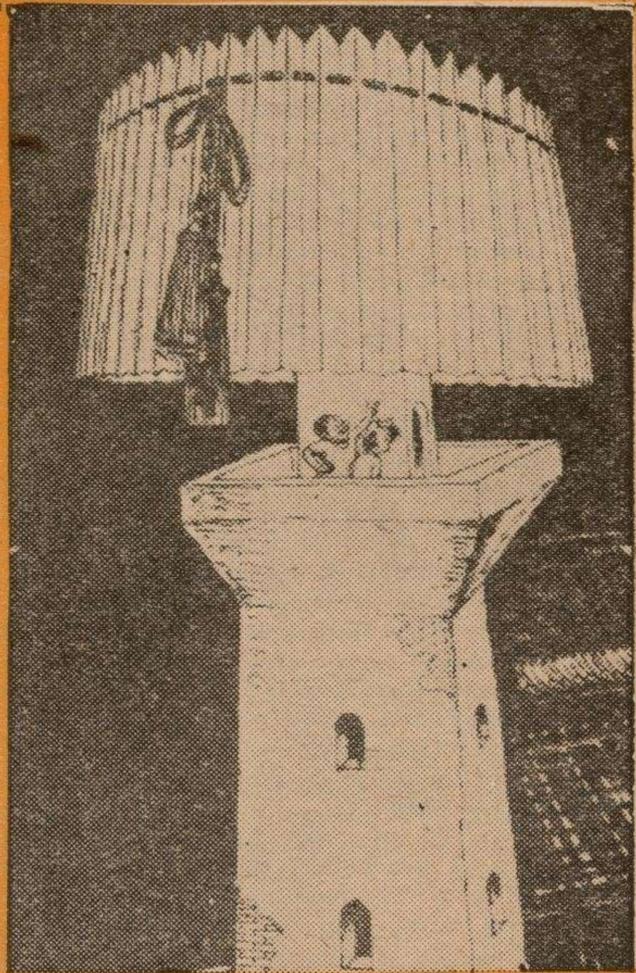
ooo

GOERING.

El Mariscal Goering ya no lleva condecoraciones. Tiene tantas que lo doblarían si las llevara y no es hombre para dejar de ostentárselas todas. Ha resuelto el problema prendiéndose en el pecho una elegante piquita en que se lee: «S.K.» Quiere decir «She Katalog» (Véase el Catálogo). (Le Temps).

LA VUELTA AL

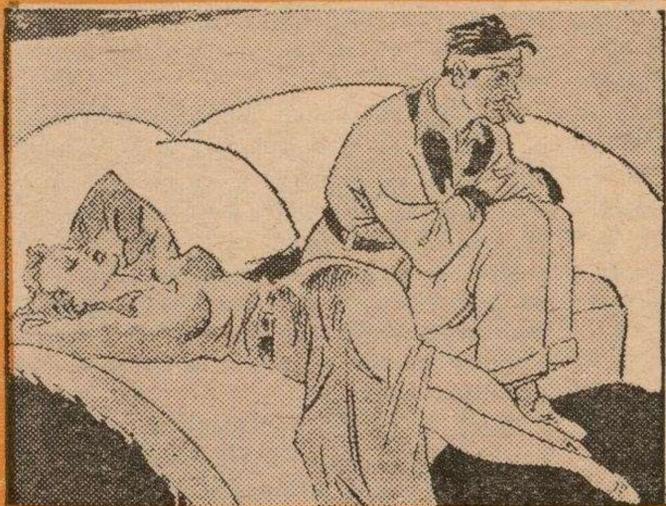
MUNDO del BUEN HUMOR



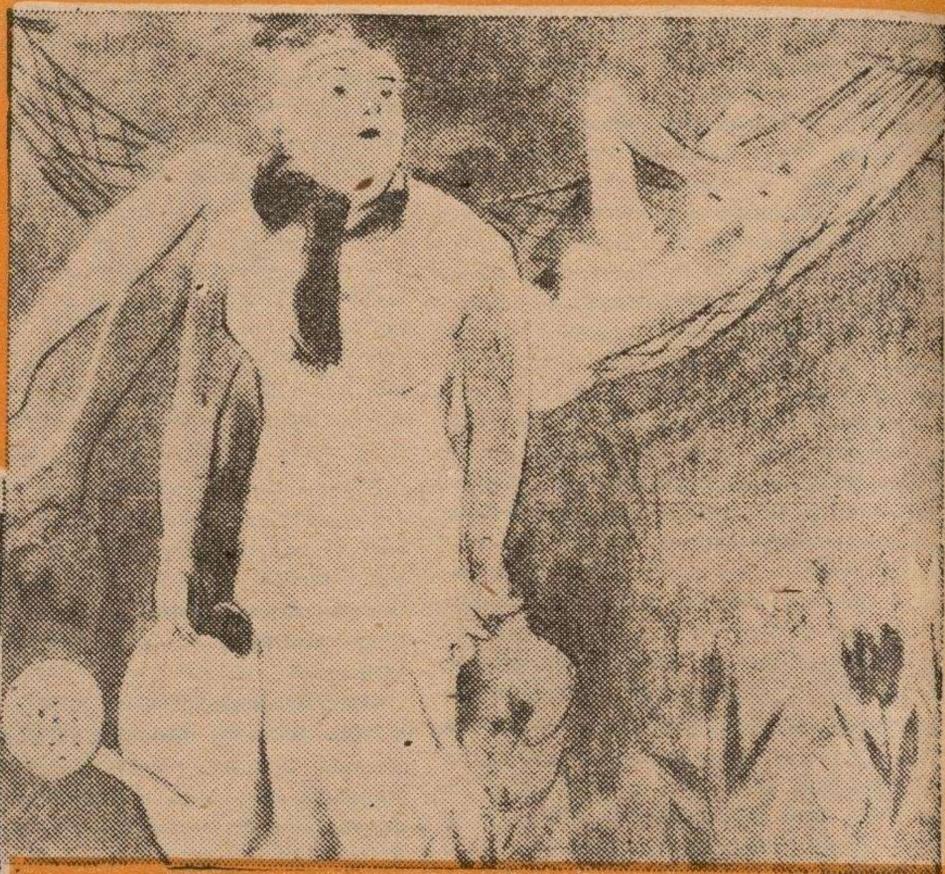
ESPIRITU FEMENINO
 El farero.—Pero ¿qué has hecho, mujer?
 —Pues sencillamente: le he puesto una pantalla a la torre. Está más bonita.



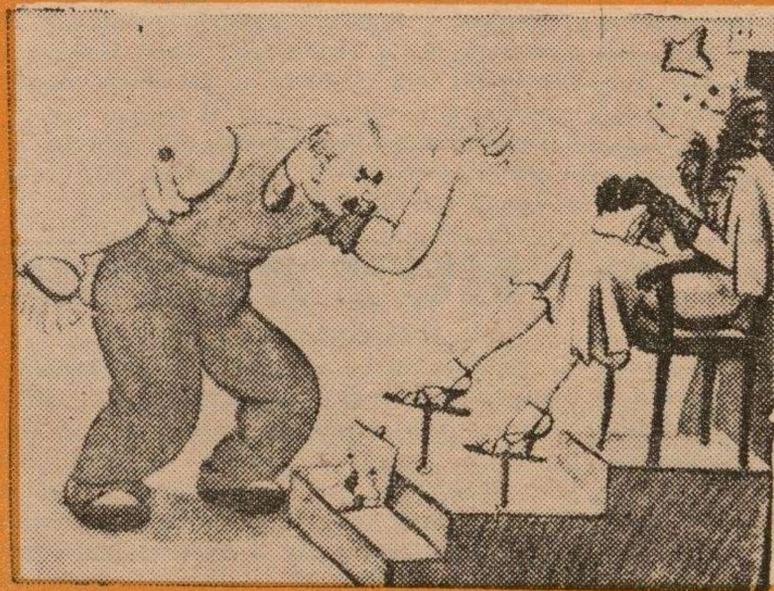
QUERRELLA MATRIMONIAL
 —¡Un paso más y soy viuda!
 (Match, de París)



ES MUY NATURAL
 Ella.—No sé cómo lo toleras: el público te injuria todos los domingos y te callas.
 El.—Es natural: estoy agotado de las discusiones que sostengo contigo durante la semana.



—No me gusta el traje que te has puesto, hija.
 —Pero, mamá: no me lo puse para que te gustara a tí.



MODA FEMENINA
 —Pero, señorita: ¡lo que usted necesita es un pedicuro, no un limpiabotas!

DE éstos entran pocos en libra, como se dice de los peces gordos. Trátase de una de las más grandes figuras literarias, acaso la primera, del siglo XIX. Como poeta lírico creo sinceramente hay pocos rivales en España, y como autor dramático puede hombrar dignamente con los más notables.

Nació don José Zorrilla en Valladolid el 21 de febrero de 1817. Su padre, don José, fué alcalde de casa y corte en Madrid, en tiempo de Calomarde; magistrado después, «hombre de carácter entero, de genio adusto, de principios autoritarios, recto y probo, mal avenido con todo movimiento reformador del Gobierno ni de las costumbres», su rigidez y su intransigencia, virtudes de tal época, respetables para todos y más para su hijo, decidieron al fin de su porvenir y de su vida.

Por la primera educación que recibió y por el ascendiente que sobre él ejerció el autor de sus días, Zorrilla ha sido el poeta de la tradición, español chapado a la antigua, fanático y supersticioso, reaccionario a machamartil'o y con una idea exagerada del principio de autoridad.

En 1827 los padres de Zorrilla vinieron a Madrid, y Pepito, que a la sazón contaba diez años, ingresó en el Real Seminario de Nobles, no sin haber previamente información de nobleza. Allí recibió la educación superficial e inútil que se daba a los aristócratas de aquel tiempo, y que casi se reducía a dibujar, montar a caballo y tirar las armas. Ya en el colegio escribía versos que eran muy celebrados; a escondidas leía con deleite a Walter Scott y a Chateaubriand, y declamaba admirablemente algunas comedias de Lope y de Calderón en el teatrillo donde se verificaban los exámenes. Allí nació, sin duda, su afición a la literatura dramática.

Cinco años permaneció en el Seminario de Nobles, y algo más tarde, muerto ya Fernando VII y encendida la guerra civil, fué a estudiar leyes a la Universidad de Toledo. A su estancia en la antigua ciudad imperial se debe su decidida afición a las leyendas y también se nota en sus primeras poesías la influencia de aquel ambiente. Cuando no escribía, pasaba el tiempo leyendo a los poetas de su predilección. He aquí lo que a este propósito dice uno de sus biógrafos:

«Zorrilla no podía ser jurista, probablemente no pasaría de ser un pobre diablo o un loco. El mismo renunció a los estudios y se negó a los exámenes. Le encajaron, pues, en una galera de retorno para Lerma (donde residía su padre), y a cargo del mayoral; pero él, sin ser visto, montó sobre una yegua que pastaba suelta en el campo; llegó a Valladolid, vendió la yegua, tomó pasaje para Madrid en una galera y tres días después entraba en la corte. Había roto con el pasado, con la autoridad paternal y con su conciencia; estaba, pues, huérfano y pobre».

Desde su llegada a Madrid hasta poco después de darse a conocer, pasó muchos apuros y trabajos y hasta algunos días sin comer. Por cierto que se dió a conocer de una manera extraña y un tanto macabra; al borde de una sepultura.

Verificábase el entierro de «Figaro» (Mariano José de Larra) en el cementerio de la Puerta de Puencarral; el señor Roca de Togores, luego marqués de Molins, pronunció ante el ataúd una oración fúnebre, y cuando iba el cortejo a dispersarse, un incidente mopinado le detuvo. Un joven desconocido, pálido, trémulo, de armoniosa voz, de mirada sublime, recitaba unos versos».

Aquel joven era Zorrilla, que desde aquel día fué conocido y apreciado como poeta de altos vuelos, trabando conocimiento con Espronceda, Ventura de la Vega, García Gutiérrez, Bretón y otros ilustres poetas y eminentes escritores de aquella



D. José Zorrilla, el autor de «D. Juan Tenorio».

D. JOSE Zorrilla, el Autor del Tenorio

época. Acerca de su modo de darse a conocer, muchos años después escribió Zorrilla lo siguiente:

«Broté como una hierba corrompida al borde de la tumba de un malvado, y mi primer cantar fué a un suicida. ¡Agüero fué, por Dios, bien desdichado!».

Como atinadamente ha dicho el biógrafo antes aludido, Zorrilla «no fué, como se ha dicho repetidas veces, el poeta de la religión, sino el de las supersticiones». Exactísimo, y ahí están para justificar este aserto sus leyendas. «Para verdades el tiempo», «Buen juez mejor testigo», «Recuerdos de Valladolid», «Las dos Rosas», «El capitán Montoya», «Justicias del Rey Don Pedro», «Margarita la Tornera» y otras muchas del mismo género

Si como poeta lírico puede asegurarse, sin pecar de exageración, que fué el más grande de su siglo, como queda dicho, como poeta dramático está a la altura de los primeros de todos los tiempos. Su afición al teatro nació en el Colegio de Nobles, donde representaba obras de Lope y de Calderón. Su primera obra dramática, «Juan Dándolo», la escribió en colaboración con García Gutiérrez, que ya era el ap'audido autor de «El Trovador». Contaba entonces Zorrilla veinticuatro años.

El éxito de su primera producción que fué brillante, le animó a seguir escribiendo para el teatro, al que dió, por orden cronológico, las obras siguientes:

«Cada cual con su razón», «Aventuras de una

noche», «El zapatero y el Rey» (primera y segunda parte), «El eco del torrente», «Los dos virreyes», «El molino de Guadalajara», «Un año y un día», y otras muchas, cerrando la que puede llamarse su primera época de autor dramático con «Don Juan Tenorio», estrenado en el teatro de la Cruz en los primeros días de Abril de 1844.

«El Tenorio» se ha discutido mucho; su primer detractor fué el propio Zorrilla: muchas veces le oí decir que era una obra disparatada y que se arrepentía de haberla escrito, no obstante su gran éxito y el dineral que producía. Algún malicioso sospechaba que Zorrilla abominaba de su obra porque no era para él el dinero que producía: él vendió la propiedad por una cantidad insignificante.

¿Por qué? Por una razón muy sencilla: porque no gustó ni, por el pronto, quedó de repertorio. «El Laberinto», importante revista quincenal de aquella época, en su número del 16 de abril de 1844, hablando del estreno de «Don Juan Tenorio», dice, entre otras cosas, lo siguiente:

«No atinamos qué objeto se había propuesto el señor Zorrilla al elegir un asunto tratado por otras plumas con vario suceso. El personaje de «El burlador de Sevilla», a semejanza del héroe manchego, ha venido ya a tratarse de tal manera en la mente del público, es un carácter tan extraordinario y excepcional, que se corre gran riesgo en tratar de alterarla lo más mínimo, aun cuando sea con el necesario acierto».

A «El Laberinto» le parece mal que se califique de religioso ese drama, censura el empleo de los «ovillejos» y elogia la labor de don Carlos Latorre en el protagonista. Como ha visto el lector, el drama fué recibido con frialdad. Alcanzó pocas representaciones y cayó en el olvido.

Después escribió «Traidor, inconfeso y mártir», «El Encapuchado» y algunas otras. Aunque «Traidor, inconfeso y mártir» no se ha hecho tanto como el «Tenorio», ni siquiera como la segunda parte de «El Zapatero y el Rey», está calificada como la mejor obra de Zorrilla, y es, en efecto, su obra maestra. Si no se representa tanto como los dos dramas citados, es, sin duda, por la dificultad que ofrece la interpretación del protagonista. Primero Pedro Delgado y después Antonio Vico han dado grandísimo relieve a ese enigmático personaje.

Espíritu audaz y aventurero, Zorrilla estuvo dos veces en América, recorriéndola a la manera que andaban por el mundo los antiguos trovadores, y fué algún tiempo poeta y lector de cámara del desgraciado Emperador Maximiliano. Al surgir la catástrofe de Querétaro regresó a España.

Fué coronado en Granada como Rey de la Poesía, fué académico de la Española

Conoció a Zorrilla en casa del sabio médico don Manuel Ortega Morejón, donde nos reuníamos los domingos, a almorzar, unos cuantos amigos de don Manuel y de sus hijos Pepe y Luis. El inmortal poeta era frecuentemente de la partida; llamaba a Pepe Morejón su nieto en Apolo y nos deleitaba recitando de modo inimitable sus propias poesías.

Murió Zorrilla a las tres de la madrugada del 23 de enero de 1893, día de San Ildefonso. Por cierto que las salvas que se hicieron por ser el santo del Rey (entonces niño), creyeron algunos que eran salvas de honor por el Rey de la Poesía, que acababa de expirar... Dicen que sus últimas palabras fueron éstas:

— ¡Cuánto he dormido! Cuánto he escritor!...

No tengo la pretensión de haber hecho la semblanza de Zorrilla: para ello necesitaría escribir un abultado volumen: apenas si he trazado aquí su silueta. La verdadera semblanza de este genio de la Poesía está en el amor del pueblo a sus obras inmortales.



**DONDE HAY
NIÑOS...**



No puede faltar el
QUINIUM
LABARRAQUE

El organismo infantil precisa para su desarrollo normal y vigoroso, de fuerzas excepcionales y los padres precavidos tienen *siempre* a mano un frasco de este poderoso reconstituyente y febrífugo, que estimula todas las funciones orgánicas y aleja el temible peligro de la anemia infantil, precursora de las más graves enfermedades.



DE VENTA EN TODAS LAS BUENAS FARMACIAS
DEPOSITO: MAISON FRERE 19 RUE JACOB, PARIS (60)